

Biblioteca Provincial

¿QUÉ PASA EN CUBA?

¿POR QUÉ CRECE LA INSURRECCION?



CÓMO SE EXTRAVÍA AQUÍ LA OPINIÓN PÚBLICA

FOLLETO DE ACTUALIDAD

POR

DON LEANDRO GONZALEZ ALCORTA

~~~~~  
**SEGUNDA EDICIÓN**

**Corregida y aumentada**  
~~~~~

LEÓN.—1896

Establecimiento tipográfico de M. GARZO

Plaza Mayor, 13

41

5641

Exec. y.
Dis. ya

-G-S.

(Politica, con re-
ferencia a Historia
de España)

Regalo del autor a la Biblioteca.

¿QUÈ PASA EN CUBA?

¿POR QUÈ CRECE LA INSURRECCION?

...Y...

CÓMO SE EXTRAVÍA AQUÍ LA OPINIÓN PÚBLICA

FOLLETO DE ACTUALIDAD

POR

DON LEANDRO GONZALEZ ALCORTA

SEGUNDA EDICIÓN
Corregida y aumentada



LEÓN.-1896

Tipografía de MARIANO GARZO

Plaza Mayor, 13

SUMARIO

CARTA I

- I.—La opinión pública de aquí, quiere saber lo que pasa en Cuba.—Anhelos de paz, para contener su completa ruina.
- II.—Quince años de monopolios, resistencias y parcialidades.—El partido Unión Constitucional atropella al Autonomista, destroza la Izquierda y mata el Movimiento Económico, apoyado por el Poder que alienta su *statu quo*.
- III.—El partido Unión Constitucional se rebela también contra las reformas emanadas del Consejo de la Corona.—Las hace fracasar.—Dá gusto á la revolución.—Y vuelve á hacerse dueño absoluto de la Isla, anulando á los otros partidos, que acusan de separatistas.
- IV.—Cada dia urgen más las reformas y amparar por igual á los tres partidos locales.—Efectos del militarismo y de las intransigencias: pactos tardíos y capitulaciones vergonzosas.
- V.—Aspiraciones de raza.—La unión entre los pueblos de nuestro origen.
- VI.—¡Adiós y ojalá llegue pronto la paz!

CARTA II

- I.—¿Por qué crece la insurrección?—Se impone un cambio, nó de General en Jefe, sino de sistema.
- II.—Injurias y errores con que se extravía, en nuestra Península la opinión pública, en periódicos y folletos; aspirando á incapacitar á los criollos, retardando así la paz, y dificultando la unión sincera de Cuba y España.

APÉNDICES

- I.—Falta de sinceridad de los conservadores de Cuba, ante el pastel Abarzuza.
- II.—Martinez Campos, reformista en 1878.—Su carta á Cánovas.
- III.—La manifestación de la Habana á Martinez Campos.—Cánovas considera, ya, igualmente españoles á los tres partidos insulares.
- IV.—Cómo pensaba Pí y Margall, á los tres meses de empezada la insurrección.—Acaba de proponer, en *El Liberal*, que se celebre un nuevo ZANJÓN.
- V.—Cómo han pisoteado el patriotismo de los autonomistas.—
- VI.—Mi separación del Partido Reformista, en Octubre.—Y suerte que atravesaban entonces, los partidos liberales de Cuba.
- VII.—Párrafos excelentes de *El Liberal*, de *El Día* y de *El Campeón*.
- VIII.—Una definición del Sr. Maura, sobre la integridad de la Pátria.





¿QUÉ PASA EN CUBA?

León, 23 Noviembre, 1895

SR. D. ANDRÉS GARRIDO.

Querido condiscípulo y paisano:

I

Tal fué la pregunta que me hiciste, con la más lógica naturalidad, al llegar de aquella Isla y apenas terminamos el fuerte abrazo con que vino á interrumpirse mi ausencia, de catorce años, de esta tierra donde nacimos, y en la cual saltan, á la vista de nosotros, todos los recuerdos siempre hermosos de la infancia y todas las afecciones siempre gratas del familiar, del amigo, del maestro y del condiscípulo, entre quienes se deslizó alegre la juventud sin hiel; como también se nota, bajo impresiones desconsoladoras, la muerte de personas que nos eran queridas: esa es la humanidad ¡mezcla de placeres y de tristezas!

¿Qué pasa en Cuba?

La misma pregunta me han hecho todos, transcurridos los segundos más precisos en las agradables sorpresas de saludarnos, al verme volver de aquella en los actuales momentos, despues de ausencia tan prolongada.

¡Justa ansiedad la de vosotros, la de querer saber la verdad de lo que allí sucede y la de esperar, del paisano que retorna á la casa solariega, noticias que no creéis encontrar en la prensa, por lo menos á vuestra satisfacción; y ansiedad plausible y consoladora, á la vez, porque ella indica que os preocupa la solución de los problemas antillanos, como cosa propia: y que la opinión pública, que informa al fin la marcha de los pueblos modernos, trata, por todos los medios, de no dejarse sorprender respecto á una situación que tan cara nos va costando, sin saber donde se pudiera ir á parar, de no ser la razón y la calma las que regularan las expansiones de nuestros espíritus, impresionables por temperamento, y fáciles de dejarse arrastrar, por los que vieran mayores medros en sus extravíos, si á los intereses bastardos no se supieran oponer cuanto el honor nacional requiere y cuanto la justicia demanda al mismo tiempo, conociendo los hechos sin ambajes ni mistificaciones para resolver con acierto.

Al dirigir un periódico, en nuestro pueblo, te ofrecí, sobre el particular, algo que contestase en lo posible tus preguntas; y sin conocer tu ideal político ni decirte el mio (porque, á los que residimos en nuestros limitadísimos restos de

América, nos han hecho vivir en un mundo diferente al de la Madre Pátria; organizando allí partidos *especiales*, fundados en exclusivismos; más propios para favorecer los intereses de tradiciones como los de la casa de Contratación de Sevilla, ó de la Compañía Güipuzcoana, que se han transmitido á nuevas *congregaciones*, que para consolidar, con los respetos que los allí nacidos y residentes se merecen, la paz completa y la perfecta unidad nacional, á que tanto hubiera contribuido la unidad política que no nos han consentido los que, en tal orden de cosas, abogaron desde aquí, por nuestro separatismo, respecto á los partidos que funcionaban en la Península é Islas adyacentes) vengo á cumplir mi oferta, hablándote de lo que sucede en Cuba como lo habrias de hacer tu mismo y cualquiera de nuestros paisanos que no tuviera interés en los monopolios que la explotan; y mayormente cuando importa, á todos, poner remedio á desgracias que nos son comunes, á una ruina que nos afecta por igual, y á un luto que por igual viene sembrando la desolación en nuestras familias de ambos hemisferios; interesando conocer la verdad de las cosas para que la opinión no se extravíe en esta Península, tan llena de patriotismo como rebotante de la más excesiva buena fé.

Y ojalá, amigo Garrido, que la Historia de América y los asuntos de la misma, cuyas familias y cuyos pueblos no son otros que los por nosotros formados desde que León y Castilla—con las joyas y el talento de su reina—se de-

cidieron por la asombrosa empresa de su descubrimiento, prolongando hasta las playas del Mar Pacífico nuestra nacionalidad y nuestra patria, donde ni se piensa, ni se siente, ni se habla sino con cerebros, corazones y lábios de esta raza tan gigante como desventurada; ojalá, repito, que tal Historia y tales asuntos, de los cuales no se trata siquiera en los Institutos de segunda enseñanza, por lo que el pueblo que se pudiera tener por ilustrado los desconoce (como no se trata tampoco, en dichos Centros, de los derechos más rudimentarios que el hombre tiene que defender á cada paso en la vida) hubiesen tenido, siempre, para la opinión pública, de nuestra desgraciada Pátria, el interés que ahora despierta sobre los mismos la presente guerra; como si las experiencias durísimas que hemos recibido de nada nos sirvieran, y como si estuviésemos condenados á no acordarnos de *Santa Bárbara* sino cuando preñadas ya las nubes de irresistibles y acumuladas fuerzas, chocan produciendo el estampido ensordecedor de que avisa el rayo; siendo tan fácil como peligroso entonces, el aturdimiento y el extravío de la aludida opinión, que, de otro modo, tal vez supiese evitar, con serenidad y á tiempo, desgracias que á todos afectan, y para cuyos remedios tanto precisa el conocimiento de las causas que las motivan y el estudio de los hechos que con ellas se relacionan: sin lo cual se procedería con plena injusticia, exponiéndonos—á la larga—á amontonar calamidades más tremendas que las ya sufridas en nuestras relaciones coloniales: perdiendo en el presente siglo,

casi en nuestros días, todo, absolutamente todo el Continente Americano; sosteniendo recientemente, en Cuba, otra guerra que duró diez años, para darla al fin, lo que no se la dió, al principio; y abandonando á Santo Domingo y la Florida, después de haber perdido antes otras Antillas, y de haber intervenido y auxiliado nuestros monarcas á la Independencia de los Estados Unidos, aplaudiendo esos ideales que solo por medio de una administración completamente honrada y de una política previsora y de grande elevación, sobre lo poco que allí nos queda, podríamos contrarrestar.

Justas y consoladoras resultan, pues, para cuantos, desde Cuba, esperan que la nación resuelva con prontitud y con acierto el conflicto, las ánsias que aquí experimenta la opinión pública por saber lo que allí sucede, para no proceder más á tontas y á locas en los asuntos del Nuevo Mundo, ni dejarse arrastrar por interesados en lucrar con las desventuras de la Pátria; y, sobre todo, cuando en ningún lugar de América se encuentra una sociedad tan eminentemente española como la que forma el pueblo de Cuba, donde no existe siquiera una sola tribu india; y, ello solo, parece exigirnos la obligación de conocer cuanto allí viene pasando.

Sangre de nuestra sangre la que de nuevo riega los fértiles y talados campos de aquella preciosa y envidiada Antilla; y carne de nuestra carne la que se *beneficia* en aquel horripilante matadero de hermanos, combatiendo miembros distinguidos de la sociedad común, desde el pro

fesional al campesino; y donde todo es nuestro, desde el suspiro de la virgen cubana que llora al pié de sus elevadas palmas, ó en la inconsolable emigración, la pérdida de séres que idolatraba, hasta el ¡ay! desgarrador del soldado que fallece distante de su hogar, recordando á su desconsolada madre; almas de nuestras almas las que allí y aquí gimen y seguirían atribuladas, en tanto la matanza continuase erigida en sistema único para dirimir la contienda, colocada desde el 24 de Febrero, hace nueve meses, en ese exclusivo terreno, y en aumento asombroso cada día... ¿cómo te referiría, querido paisano, cuanto pasa en Cuba...; cómo os contaría, sin mordazas, lo que allí viene sucediéndose...; cómo pondría yo, miembro de esta sociedad dolorida, é interesado, como todos, en nuestra salvación, mi grano de arena para que la obra de demolición cesase; para que la tormenta, que está empezando con nubes cuya negrura tanto se agiganta, tuviese fin; para que mis hijos, nacidos en aquella tierra hermosa, los hijos de mi alma, no se encontrasen en esa infernal lucha frente á frente de mis hermanos, los hijos queridísimos de mi idolatrada madre, nacidos, cual nosotros, en este suelo que clama por que cesen las horas de tantas intestinas desventuras como nos vienen llenando de deudas, dejándonos sin hombres y consumiéndonos en este siglo?

¿Cómo contribuiríamos para que, dando al olvido lo pasado, cual en el pacto tardío del Zanjón, las madres de nuestros pueblos, en lo muy poco que nos resta ya de América y en lo

que aún conservamos, como Nación Española, en Europa, cesáran de criar hijos para el *Saturno* que amenaza devorar nuestra raza; para que la opinión pública y el Gobierno, á quien se ha confiado dirigirnos, concertasen y obtuviéramos una paz franca y leal que llegara á ser eterna, sin esperar para ello ni diez años, ni diez meses, ni diez dias siquiera, á fin de realizar unidos los destinos que aún parecen estar reservados á nuestra Pátria, y de cuyos destinos nos alejarían seguramentelas repeticiones de intestinas discordias consumiendo hombres y riquezas que ninguna otra nación viene á remunerarnos, y de los cuales solo la nuestra sufre y siente tanta perdición, como propios é irreparables desastres que hacen clamar, tan honda como amargamente, por que la paz no sea retardada?

Tal es uno de los anhelos que embargan á los hombres pensadores de Cuba, sin distinción de partidos, al tocar la devastación y los horrores de la guerra.

Y cómo aspiración predominante de aquella sociedad, hé ahí, querido paisano, una de las cosas que allí pasan, la primera para mí y la más importante de las que quiero comunicarte:

¡QUE TODOS DESEAN LA PAZ!

A tal solución se opondrán, tan solo, como en todas partes, abusando de la buena fé de nuestro pueblo, esos cuantos que, para negociar con las desgracias de la Pátria ó para seguirlas explotando, lo echan todo á la tremenda, tergiversando por completo los sucesos; esas *congregaciones* que crecen y engordan entre cadáveres,

como los gusanos; esos pocos que, en pueblos apáticos y dejadizos de su suerte, nos provocaron desastres, lo mismo en Holanda, Flandes, Nápoles ó Sicilia, que en Méjico, Chile, el Perú ó Jamaica, viendo un negocio pingüe en la destrucción de la juventud y en el llanto de numerosas madres; en el amontonamiento de deudas sin fin, y en la misma pérdida de territorios de la Pátria, aunque fuera de un nuevo *Gibraltar*; en los pactos tardíos; y aún en las capitulaciones vergonzosas: importando también, á sus usuras, que hombres, capitales que no sean los suyos, é industrias, emigren dando vida y cooperando al progreso de otros pueblos, que así se han visto fuertes y admirados. Insectos tales, que solo ven su alimento sobre organismos raquíticos, y para quienes la historia y la política, la pátria y la dignidad, consisten en la exclusiva prosperidad de sus intereses, serán los únicos que han de seguir oponiéndose á la solución que la generalidad siente allí, anhelando el término de la guerra; para ver cortados de raiz, además, conflictos nuevos que pudieran surgir con otras naciones, dadas las circunstancias en que aquella se viene desarrollando, denunciadas, á la faz del mundo, por la procedencia de las expediciones que contribuyen á prestarla alientos desde su principio, y aún desde antes, según la fracasada en Fernandina.

Tal es en síntesis, ¡anhelos de paz!, lo que de más bulto pasa en Cuba en los actuales momentos, ante el aspecto que presentan sobre el país: los campos desolados; las familias emi-

gradas; los hombres sin trabajo; los cultivos, las Escuelas y las industrias, en suspenso; las empresas de crédito, ferrocarriles y demás que daban vida al comercio, así como éste, en quiebra, ó ante el fantasma de la mayor desconfianza, negando toda refacción al campesino; el hambre, invadiendo hogares, antes felices; las venganzas, desatadas con furor; las razas inferiores, presas de contenidos apetitos; las profesiones, sin clientela; los empleados locales, incluso los de Institutos de 2.^a enseñanza, mirando la ruina que sufrían ya los Ayuntamientos, y viendo aumentados sus atrasos, al seguir las contribuciones la suerte de la producción, que perece allí en todas sus manifestaciones; el *usurero* y el *cacique* saciándose, sin compasión, en ese organismo enfermo, donde solamente pueden engordar: el caos, en fin, en el cuál se agitan ya, á estas horas, 115.000 soldados, descansando sus movimientos en los poblados, donde se han organizado costosas guerrillas y cuerpos de voluntarios hasta el número de 100.000, con aumento de Guardias Municipales por parte de los Ayuntamientos; y 60.000 insurrectos, por otro lado, que sostienen su vértigo desde la manigua, en una extensión inmensa, con la tea y la dinamita, haciendo imposible toda batalla decisiva; engrosados por expediciones que vienen entrando en la Isla; sin ser apresadas; avanzando de Santiago de Cuba al Camagüey, y de aquí á las Cinco Villas; y amenazando con igual progresión sobre Matanzas y el resto Occidental de aquel inmenso y siempre verde arado que se acuesta sobre el Mar Caribe, rodeándole,

de cerca repúblicas que con ellos simpatizan y cuyos pueblos favorecen con decisión—aunque los Gobiernos aparenten neutralidad—un ideal que, ellas, ya ven realizado; la hoy más fuerte no sin el decidido auxilio de España y de Francia, unidas por aquellos funestos pactos que tanto hicieron pensar, sobre estas consecuencias, á nuestro inmortal compatriota el ilustre Ministro Conde de Aranda, cuyos consejos en tan poca estima se tuvieron siempre: y todo lo cual hace mirar, allí, con verdadero terror, la acumulación de tantos elementos de combate y de desastres tantos, cuya consumación, en el orden material, terminaría por tomar proporciones irreparables si la tea, que viene acabando con toda propiedad, impidiera la *presente zafra*, única riqueza que aún queda en alguna parte en pié, para pronlongar la existencia, precaria en extremo ya, de aquel pueblo; y para contribuir, en forma limitadísima, á los gastos de la guerra, dados los otros abrumadores que pesan en su presupuesto.

Seis meses más de lucha, tal cual se ha entablado en esta guerra, encontrando al país esquilado, y su azúcar, tabaco y alcoholes por el suelo: solo montes recorridos por fieras; solo sabanas ó llanos incultos, y hogares destruídos; poblaciones convertidas en escombros y desiertas por la emigración, ó habitadas por seres hambrientos y enfermizos, tal vez negros sóbrios y sin aspiraciones, y campamentos costeados por la nación; solo el espanto, la desolación, ó la peste vendrán á reinar allí, donde podría florecer un pueblo animoso y honrado, formado por nues-

tras propias familias, con producciones, industrias, manifestaciones del Arte y de la Ciencia que, ante su situación geográfica y las condiciones de su suelo, harían de él el jardín más rico, feliz y envidiado del mundo, capaz de ayudar á la Península en sus gastos; como sucedía cuando las guerras no habían empezado á amontonar, sobre todos, tantas deudas y tantas desventuras, arruinando á Cuba y arruinando á España.

Por ello, es la paz, en aquella Isla donde se palpan tantos desastres, y ¿cómo no vá á serlo?, el pensamiento dominante, antes de abandonar-la con familias enteras, al hacerse imposible atender á su subsistencia, ni á otra vida que no sea la del campamento, la de las zozobras y la de las venganzas, á que se prestan tales períodos.

Tal es el sueño dorado de cuantos aman á Cuba; y de cuantos anhelan, aún, que siga siendo para nuestra raza y para España

«....La preciosa Antilla,
la Sirena de los mares,
la tierra de los palmares,
el orgullo de Castilla.»

II

Llegue la deseada paz, por una transacción, ó por el triunfo de las armas, que eso lo habrán de decir los acontecimientos que tantas cosas han hecho decir á nuestros Gobiernos, respecto á su *dirección* en los asuntos de América, tam-

bién pasa en Cuba que, aquella sociedad, está anhelando, y sobre todo necesitando, que, con la mayor urgencia, se envíen cuantas reformas tiene pedidas; sin que su ofrecimiento constituya por más horas, como sucede hace 17 años con la *Autonomía*, un fenómeno de constantes y burlescos espejismos, so pretexto de que hay allí un *partido* que se opone siempre á ellas; que más parece una empresa organizada, con ese fin, por las otras *asociaciones* interesadas en mantener, á toda costa, los monopolios que han constituído sobre aquel pueblo tan obediente como resignado.

Pues el sistema que impera en Cuba, ha sido tan ruinoso en lo económico, y tan vejaminoso en la política que le ha inspirado que, para nosotros, en la situación que viene atravesando la Isla, el mayor de los peligros está en seguirle sosteniendo, siquiera sea por los perjuicios que está causando al pueblo que sigue al lado de España.

¡Y cuántos de mis paisanos no se habrán fijado, nunca, en lo que venía sucediendo con los partidos políticos organizados en *Cuba*, bajo el cariz *separatista* que llevo anunciando; y entregada, además, en todos los tiempos, á la *dirección* de un militar que funcionaba de Gobernador General, dando, tal vez, poca importancia á la acción equilibrada que debió concederse á aquellas agrupaciones políticas, de tanta significación en la vida y en los progresos de las sociedades contemporáneas regidas por el sistema representativo, como válvulas que contienen el estampido de las revoluciones!

Precisa, pues, aclarar los vejámenes á que he aludido en el órden político, que tanto influye en los modernos acontecimientos; porque si no hay efecto sin causa, ni la naturaleza procede por saltos, y las cosas no suceden por que sí, la presente situación de Cuba tiene gran parte de sus orígenes en la conducta que se ha empleado en los acontecimientos de la marcha agitadísima que allí han sufrido los partidos, cuyas aspiraciones y disidencias, relacionadas con las hondas necesidades que el país sentía y há exigido de los mismos, fueron descuidadas en demasía, desoyendo sus clamores y consejos, por atender á intereses bastardos que aún amenazan imponerse; y provocando períodos en que, por fin, la revolución, impaciente, parecía deseosa de sustituir á la evolución desatendida.

Haremos historia:

En 1878, al concluirse la otra guerra, permitiendo á Cuba la vida representativa, se crearon dos partidos que se denominaron, el uno, Unión Constitucional; y Liberal, el otro, más tarde Autonomista; llamándose más comunemente, sus afiliados, conservadores ó liberales, aunque figurasen, en el primero, cantonalistas, y absolutistas, en el segundo. Agrupaciones una y otra diferentes de las organizadas en la Metrópoli por los partidos políticos de la nación, en esta parte de Europa; reconociéndose, así, que aquello había de tener una vida separada, no como una de tantas provincias de la Pátria... tal vez como una factoría, para explotarla en su aislamiento los *directores*.

Si se tuvo miedo al predominio de los elementos democráticos de aquella sociedad, ó presidieron otras *razones* á tal organización, cuando se constituyó la referida, solo me concretaré á consignar el hecho, por ahora, el cual corre parejas con el artículo 89 de la Constitución, clamando, á voz en cuello, por un *régimen especial* para el gobierno y administración de aquella antilla; á cuyos habitantes se organizaron, política y legalmente, para que *sin exclusivismos*, puesto que no había vencedores ni vencidos, formasen una región, en la que tantos derechos habrían de representar los regionalistas de Unión Constitucional, como los liberales-autonomistas; unos y otros autonomistas, respecto á la nación si bien los primeros con un programa indefinido queriendo mandar más que los Gobernadores Generales; y los segundos con soluciones claras y francamente definidas, respetuosos siempre para con toda autoridad que allí representaba á la Pátria.

Así las cosas, el partido Unión Constitucional hizo causa común con los monopolios y con la burocracia; tuvo acceso en todas las oficinas, abusando, de tal modo, de los favores que el Poder le dispensaba que, habiendo llegado á imperar en sus filas los peninsulares que se dedicaban al negocio, con asombrosos éxitos, organizó un caciquismo tan soberbio que, falseando el programa y erigiéndose en dispensador de *patentes* de patriotismo—para más velar sus manejos—tomó hasta el dictado de *Partido Español*, hiriendo á muchos cubanos de su seno y

á peninsulares honrados que (al formar su primera Directiva de la mitad de unos y la mitad de otros, para evitarlo) veían las consecuencias de tales distingos, propios de toda escuela de mala fé. Y colocando así en duda la lealtad del otro partido, que calificó *ipso facto* de cubano ó insurrecto, estimó de inapreciables ventajas para con los funcionarios que mandaba España, del Capitán General á bajo, invadirlo todo, elevándose á casta de privilegio sobre los nacidos en el país; tirando de ese modo la línea fatal sobre la cual descansan todas las disensiones, todos los ódios y todos los abusos que empezaron á agitarse en aquel pueblo; y, á cuyo efecto, predicaba cuanto le era posible para que los nacidos aquí, en la península, sobre todo los recién llegados, más dúctiles para la *conquista*, no militásemos en el partido Liberal, toda vez que nos considerarían como malos españoles y, á lo *Don Juan de Robles*, nos negarían su protección: persiguiendo así, desde entónces, más que un ideal político, fines verdaderos de una *Gran Empresa* privada, en la cual los *censos electorales* habrían de degenerar en una relación perfecta de *accionistas* y *socios de ocasión*. Así se hicieron, las primeras escavaciones de ese abismo en que se habían de precipitar la tranquilidad y la armonía que debió presidir siempre entre los habitantes de aquella región de la Pátria, donde todos somos unos, por la sangre, por la familia y por el idioma.

Con tales antecedentes, llegaron, los que manejaban el partido que aún se empeña en llamarse

español (declarando con ello que los demás partidos y cuantos de él nos separamos no lo somos) á excluir al partido Autonomista de la intervención legal que le correspondía en las corporaciones populares de Cuba, y en su representación en Cortes; y no hubo amaño en los censos, ni atropellos en las elecciones, que no se llevaran á cabo, á fin de que aquellos dominaran en los Ayuntamientos, base de todo lo demás, hasta el extremo de haber Municipios, como el de la Habana, en que no existe un concejal autonomista; y á fin de que influyeran en cuantos asuntos les convenía, ya de la vida oficial ya de la privada, amedrentando con su Poder á los jueces y demás funcionarios, dado cuanto significaban—del Municipio á las Cortes—*sus representantes*, en la Isla, ó en Madrid, para todos los empleados que querían conservar sus destinos, debidos al favor y sujetos á la no inamovilidad, que despierta todos los apetitos.

¿Sería justo, amigo Garrido, podría gozarse aquí en León de tranquilidad, si de igual manera, con pretextos parecidos, vinieran de otras provincias—formando una liga—á privarnos de intervenir en los intereses de esta región, en la administración de sus bienes, monopolizando todos los negocios y todos los destinos, atropellando toda legalidad, y tratando como si fuese una factoría, á un país cuyos hijos, por contar con una cultura superior, tienen la conciencia de sus actos y aman, como su propia dignidad, los progresos y la dignidad de su pueblo; recordando que así fué grande España, lo fué cuando con tales carac-

téres surgían con sus propios esfuerzos, ricas é invencibles, lo mismo León que Castilla, Aragón que Navarra, y Vizcaya que Cataluña; debiendo al desarrollo de cada región—no debilitadas por esa burocracia central, que vino á ponerlas en peligro—la época de los monumentos y de las conquistas que tanto asombraron al resto del mundo?

¿Podría, jamás, estar tranquila ninguna región, si aquel sistema se amparase eternamente por los encargados de regular la vida común de los componentes de la Patria que aún nos resta hoy día?

Llamo tu atención, amigo Garrido, sobre estos detalles, por si en lo porvenir pudieran enmendarse tantos yerros, por depender de ellos—á mi juicio—el origen de calamidades tantas, en nuestra accidentada historia; y á fin de que nuestros hijos no sean testigos de más guerras civiles, ni de más pactos tardíos, ni de más capitulaciones vergonzosas, en lo poco que nos queda de aquella gran Pátria.

Así anuló el partido Unión Constitucional la acción, siquiera fiscal, del partido Autonomista en la administración local de Cuba; y así pudieron manejar sus Ayuntamientos sin rendir cuentas ¡en tres lustros!, yendo á la zaga sus inmoralidades, no con las que anuncia el Marqués de Cabriñana del de la Capital de la Monarquía, sino con las otras tan famosas que se amontonaron sobre aquel delicioso y esquilmo país, donde cundió por todas partes la ruina y el descontento, cuyos peligros aumentaba la aludida y atizada división, de aquel pueblo, en dos bandos

irreconciliables: uno de oprimidos, desamparados siempre, y otro de opresores protegidos sin tasa; uno de *cubanos*, plebeyos, asimilados á los *indios*, y otro de *españoles*, elevados á una soberbia plutocracia; como si se hubiera vuelto á los primitivos tiempos de la conquista, olvidando que la sociedad de Cuba es toda española, á excepción de la raza de color que, no obstante, prefieren nuestra nacionalidad á cualquier otra.

Tales cosas, que habían convertido la política creada en Cuba en cuestión de empresa mercantil, obteniendo el partido de Unión Constitucional (único consultado por Ministros y Capitanes Generales, hasta que llegó el Sr. Maura al Departamento de Ultramar) títulos de nobleza y privilegios sin número sobre el partido Autonomista, y sobre aquel desgraciado país, hicieron pensar en la necesidad de un cambio de sistema y de política que salvase á dicha Isla del precipicio hácia donde se la venía empujando.

Y de ahí la protesta del *Izquierdismo* el año 1888, surgida del mismo seno del partido Unión Constitucional, que fué ahogada por los directores de éste, auxiliados por el Poder; la protesta del *Movimiento Económico*, en 1890 matada por los mismos, *arguyendo*, siempre, que eran iniciadas por los enemigos de España; y la protesta del *Reformismo* en 1893 que, á pesar de análogas calumnias, vino á enarbolar—con toda la pujanza que le daba la opinión pública—su bandera: teniendo todas aquellas protestas á sacudir la tutela del sistema opresor que el partido Unión Constitucional se empeñaba en no alterar, apo-

yado por sus fuertes aliados; á estrechar la unión entre peninsulares y cubanos, como componentes de una sola familia; á mejorar la vida económica de aquel pueblo, y á evitar la guerra; puesto que los separatistas, organizados en el exterior, lo esperaban todo—incluso el momento oportuno para dar el grito—de la ruina y del descontento que hacía quince años sembraban sobre aquel país los abusos, las intransigencias y el sistema que mantenían el partido *conservador* y sus asociados, los monopolios y la burocracia, haciéndole más daños, que los originados por la pasada guerra, sus empeños en intervenir sólo en la cosa pública, como lo han conseguido ahora también.

Los autonomistas, los izquierdistas, los económicos, los reformistas, el país de Cuba en general, protestando contra el partido de Unión Constitucional y el sistema aquél, para evitar el separatismo, al cual irían las masas tan solo por la desesperación; aquellas agitaciones honradas, y aquellos vaticinios de que el pueblo de Cuba se dolía, porque anhelaba la paz, fueron desoídos; renaciendo de sus cenizas, como nuevo Fénix, el partido Unión Constitucional, aliado con todas las explotaciones y con todas las resistencias, lo más conveniente á los revolucionarios,

III

Habían llegado las cosas, en Cuba, á tal extremo, que el mismo Sr. Romero Robledo, en su último paso por el Ministerio de Ultramar, tuvo la franqueza de confesar á las Cortes *que, allí*

había que arrancar de cuajo su podrida administración, y llevar reformas de importancia; y el Gobierno del Sr. Sagasta, que le sucedió, reconoció, en parte, las quejas de los autonomistas, que salieron del retraimiento que habían acordado, con algunas excepciones en los de Santiago de Cuba; los cuales siguieron dudando hasta de la implantación de las reformas de Abarzuza, que no se han implantado aún.

En tales circunstancias, apareció formando parte del Gobierno fusionista el Sr. Maura sucediendo al Sr. Romero Robledo, en el entonces difícil y espinoso cargo del Ministerio de Ultramar.

Y tuvo tal acierto en el estudio de las ya apremiantes necesidades de Cuba, desligándose de los intereses de los monopolios, y de servir de estampilla á ningún partido; y con tan exquisita imparcialidad trató á las agrupaciones políticas, sacando de la indiferencia á millares de hombres, que nada esperaban ya por los procedimientos legales, ahogados siempre por el Poder ligado al partido Unión Constitucional, que si se hubieran implantado las reformas salvadoras que presentó á las Cortes, y tanto solicitó y pidió todo el país en manifestaciones y meetings, que formaban fiestas deliciosas de hermanos; y si se hubieran aprobado las demás que, modestamente, formuló el naciente partido Reformista, la paz moral se hubiera consolidado para siempre, no hubiera ni asomado su faz la guerra ni contado con gente alguna, y la prosperidad de Cuba sería hoy un hecho, cuyos favorables resultados estaríamos

tocando todos los españoles, incluyendo en esta denominación á los cubanos que tanto apoyo las prestaban, hasta el extremo de haber renunciado á la autonomía, cooperando decididamente á la implantación de las reformas, como acto de reconciliación y de gran patriotismo para evitar la guerra.

Pero el partido Unión Constitucional, los monopolios y la burocracia, interesados en seguir usufructuando el viejo sistema, y los privilegios con que dividían, arruinaban y conducían á la desesperación á aquel pueblo, hicieron tal oposición á dichas reformas, insultando, cual siempre, en banquetes y periódicos, como antiespañoles, á todos los que las aplaudían (sin que de sus íras se librasen Ministros, ni aún Gobernadores Generales, que allá representaban á la nación), que en mala hora vinieron á estorbar—apoyados por Romero Robledo—se aprobasen aquellas reformas, y á llevar á Cuba la duda sobre el éxito de las mismas, al salir Maura del Poder; al repetirse los cambios de Ministerios; y al ver períodos, como el del señor *Becerra*, en el cual, apoyado por *Canalejas*, se tuvieron por fracasadas, al anunciar aquel demócrata otras diferentes, y al notarse los favores y condecoraciones con que premió de nuevo al Partido Conservador, como para alentarle en su obra de diez y siete años de resistencias!: á cuya política debe ese partido, también, títulos y honores que jamás dispensaron los Ministros de la metrópoli á los autonomistas, en cuya agrupación existen tantos hombres de talento, encerrándose, en

ellos, esa resignación y ese patriotismo con que tantos servicios han venido prestando á la causa de España, tomando con una paciencia, digna de ser premiada, los atropellos del partido adversario, las amenazas del separatismo, y los desaires del Poder; y predicando y sosteniendo, en las masas de aquella sociedad, la fé en los procedimientos pacíficos, y la esperanza en el triunfo de su causa, dentro de la unidad nacional, salvadora de la guerra de razas, y perfectamente legalizada por el artículo 89 de la Constitución de la Mónarquía, en el cual, repetimos, los políticos de nuestra nación, reconocieron, para Cuba, un sistema especial de Gobierno, con cuya completa organización no se atrevieron, no les convenía, ó no quisieron acertar hasta que el Sr. Maura tuvo la valentía (poniéndose en peligro el partido Unión Constitucional y los Clubs del separatismo, únicos enemigos de sus reformas) de dar al traste con las preocupaciones y con los privilegios que venían cerrando el camino que se había señalado, á Cuba, en dicho Código fundamental.

La oposición tenaz y demagógica que hizo el partido Unión Constitucional á las reformas, casi revolucionaria para con la primera Autoridad de aquella Isla y para con el Gobierno del Sr. Sagasta, injuriados en banquetes, periódicos y manifestaciones al aire libre, echando á rodar, en la Isla, que así la educaban para la revolución, consideraciones á que jamás habían faltado los mismos autonomistas, tan calumniados de antiespañoles; originó mayores daños aún al

país, al impedir que (en el AÑO Y NUEVE MESES que duró dicha oposición) se resolvieran, y ni siquiera llegasen á discutirse los otros problemas que—en el orden económico y político—urgían á Cuba más que el mismo plan de reformas, si bien éste tenía que servirles de base.

Sanear la corrompida administración del Estado; y levantar, de su abatimiento, la riqueza del país; completaban, con análogos objetos que, en el orden local y provincial, resolvía el Plan de Maura, las aspiraciones reformistas, llamadas á salvar del caos á dicha Antilla.

Pero todo vino al suelo con la oposición de partido Unión Constitucional, que aun hoy quiere imponerse á Martínez Campos exigiéndole—para las poblaciones—procedimientos de terror, en artículos como el que tituló *Echar la llave*; á la manera que, alentado por el favor, amenaza la existencia de los partidos Reformista y Autonomista con otros artículos, como los que encabezó con las *cultas* frases de *¡Sin madre!*, y *En mangas de camisa*.

Y la misma intervención que, en tiempos del Sr. Abarzuza, tomó el Sr. Cánovas del Castillo, para que dicho partido, con su abogado el Señor Romero Robledo, cesaran en sus resistencias á reformas que él llegó á creer convenientes y necesarias (si bien con las modificaciones que exigían aquellos caciques que tanto *velaban* por las ruinosas diputaciones provinciales, donde evaporan la savia municipal) fué una intervención tardía, dada la gravedad que venía sufriendo, ya, la situación económica del país, que exigía

la solución inmediata de todos sus problemas.

Pues nada se resolvió, ni se ha resuelto aún, en lo relativo á la *Ley de empleados públicos* que, garantizando su estabilidad, moralizase sus manejos; á la *rebaja del interés de la pesada deuda*, en forma compatible con los esquilmos recursos del pueblo, á *su intervención en la formación de tratados especiales de Comercio*, que proporcionasen salida á sus frutos, ya que no se consumen en la Madre Patria; á la *derogación de la Ley de Relaciones Comerciales*, y *reforma de los Aranceles*, y de las *Ordenanzas de Aduanas*; á la *organización del Crédito Agrícola*; al *alivio de la carga de los derechos pasivos*; y á otros problemas, cuya solución tanto interesaba para contener el hambre, y evitar la desesperación y el descontento, que todavía están en pié en el orden político y en el económico, por no discutirse ni enviarse tales reformas, cerradas las Cortes.

En esas condiciones, y abortada la expedición de Fernandina, y movimientos como los de Purnio y las Lajas, vinieron á aprobarse, en tiempos de Abarzuza, las reformas que llevan su nombre, teniéndolas por un triunfo—debido á su oposición—el partido Unión Constitucional; á la vez que sus hombres, de mayor influencia, siguen dudando de sus virtudes, y resistiendo su implantación, como lo acaba de declarar el Marques de Pinar del Río al corresponsal del *Heraldo de Madrid*, á pesar de haber logrado en *ello* se mistificasen las de Maura; tan defendidas en Cuba por la mayoría, siempre burlada por

los *éxitos* y por los *triunfos* del grupo funesto del partido Unión Constitucional.

Los separatistas (que no esperaban ni la precipitación con que vinieron á ser aprobadas las reformas de Abarzuza, cuando en Cuba se insistía por el pueblo en las de Maura, y puesto que los conservadores se oponían á toda transacción, calculando el descontento del país; su desconfianza en obtener reforma alguna, al ser rechazadas las propuestas por un Consejero de la Corona, y lograr la caída del mismo, tildándole de *insular* afecto á los mambises, como hacían con Calleja (y con Rodríguez Arias, celebrando orgías á su fallecimiento); contando con todo esto, los separatistas, importaron la chispa desoladora de la revolución, esperando el resto y sus soldados: de la mala situación económica por que atravesaba Cuba; de los abusos de la administración, con su enjambre de empleados á la *antigua*, é inspectores é investigadores á la *moderna*, molestando al propietario de fincas rústicas y urbanas, al comerciante y al industrial; y de las intransigencias en que debía rayar, como está rayando, el partido *conservador*, favorecido por el Poder en la peor de las oportunidades, cuando estaba reducido, ante la opinión pública, á la más ridícula de las minorías.

Pues sucedió, también, que—al llegar Martínez Campos—no tan solo se dejaron de enviar siquiera las reformas de Abarzuza, sino que se expulsaron de los Ayuntamientos, y demás Corporaciones, á los autonomistas y reformistas, hiriendo así una lealtad que no han desmentido

jamás las Directivas Centrales de dichos partidos. Y con ello, no tan solo se les restó el crédito y la fuerza que en tales casos debe proporcionar el Gobierno á tan valiosos organismos, sino que moralmente se les desautorizó ante sus afiliados y ante las masas del pueblo, á quienes habían venido infundiendo esperanza y fé; las cuales no tocaron ya, como cuestión práctica, otros resultados que los de no ver jamás las ofrecidas reformas; los de encontrarse con el derrotado Partido de Unión Constitucional volviendo á influir en sus pasadas y odiosas preeminencias, como única asociación de confianza; y los de perder toda esperanza en el alivio de las calamidades que, cada día, toman mayores proporciones, al carecer de medidas reparadoras por medio de leyes positivas y tangibles; que en cambio les ofrece la revolución de una manera terminante.

El partido Unión Constitucional, vió, como nunca lo había visto, en los períodos de paz siquiera, á sus jefes de provincia y á sus afiliados ocupar los Gobiernos civiles, las Alcaldías municipales y las de barrio, los puestos de Policía y cuanto constituye la máquina oficial en aquel territorio; é *insaciable* en sus ánsias de reafirmarse para siempre en su dominación, que tenía perdida, no cejó en poner todos los medios que le deparaban las aflictivas circunstancias para lograrlo, al tener bajo sus garras á sus enemigos, más que políticos, personales; porque á ese terreno le llevan sus pasiones, su fuego *feniano*, sus discursos sobre *puñales, entorchados y Cabrerizas Altas*, y su prensa desenfrenada y espeluznante.

Y es lo cierto que, á excepción de las Directivas Centrales del partido Reformista y Autonomista—residentes en la Habana—; y á excepción de sus órganos en la prensa, el *Diario de la Marina* y *El País*, que con grandes peligros pudieron dar y vienen dando señales de entereza y flotando sobre tantas ruinas y miserias—con que se les persigue y anula—sus respectivas banderas, haciendo ver que no han sido aniquilados, ni se han dejado precipitar en la revolución á que se les empujaba por el vendaval horroroso en que se les envolvía; es lo cierto, repito que, en el resto de la Isla, muchos periódicos tuvieron que enmudecer; y muchos reformistas y autonomistas, muy españoles, se vieron en el caso de aceptar el silencio ó la emigración, para evitar los resultados, sinó del hambre, sí de intrigas y delaciones que tendían á su exterminio.

Y en cuanto á los *méetings*, trabajos electorales y de propaganda, solamente los del partido *español*, pudieron prosperar; porque los actos de los otros se delatan de laborantismo.

¿Y á quién acudirían en sus quejas?

¿A *San Pedro*, en Pinar del Rio; á Porset, en Matanzas; á *Calvo, Muñoz*, en la Habana; etc., etc.?

¿Les escucharían esos caciques del partido, insaciable en venganzas, convertidos en Autoridades por Romero Robledo y otros?

¡Verse los *conservadores* dueños de Cuba otra vez, y sin adversarios!... ¡Qué sueño tan feliz para ellos, y tan amargo para la Pátria, expuesta así á más hondas convulsiones!

La prensa y los hombres del partido Unión Constitucional, desde que se les entregaron los Ayuntamientos, continuaron, con más soberbia que de costumbre, denunciando, como desafectos á España, á cuantos nó pertenecían á su comunión; y sus labores, incluso en los *censos*, resultarán con ese privilegio exclusivo de aquellas empresas que, de antemano, logran anular á sus contrincantes, con los favores del *Altísimo*: siendo necesario todo el patriotismo de los Mortera, Valle, Rabell, Cerra, Amblard; Gálvez, Montoro, Fernández de Castro, Giber-ga, Cueto y demás autonomistas y reformistas, para tener confianza en que, á pesar de tantas injusticias, la nación ha de venir á reconocer todavía-aunque tal vez tarde-los sacrificios inmensos que vienen haciendo en aras de la Pátria, olvidando silbas y calumnias, lanzadas por las dos intransigencias en New York, Santander ó Bilbao; porque ante todo, miran la salvación, para nuestra raza, de aquella Isla infeliz; aunque aparezca distante el triunfo de sus ideales, y el premio que llegue á merecer tanta paciencia como la agotada por dichas agrupaciones en estos días de prueba, perseguidas sin compasión *por la reacción y por la revolución, hermanas gemelas.*

¡Que si fuesen ciertas las acusaciones de separatistas, que les hace el partido de Unión Constitucional! ¿Qué sería hoy, qué hubiera sido ya de la Isla de Cuba desde el 24 de Febrero, cuando solo había en ella 10.000 soldados y un Gobernador General que, dicen, estaba entregado á aquellos?

Los conservadores de Cuba, gritarán así, siempre, en tanto haya soldados que paguen después los platos rotos, contentándose con *abonarés* los supervivientes ó inválidos.

En circunstancias tales para la evolución; y sin que llegasen nunca ni aún las ofrecidas reformas de Abarzuza; imperando el partido Unión Constitucional y el viejo sistema, como en sus mejores tiempos; continuó desarrollándose la insurrección hasta mi salida de aquella Isla, á fines de Octubre: propagándose hácia Matanzas y realizando algunas intentonas en las provincias restantes de la Habana y Pinar del Rio; continuando el acceso, por las costas, de expediciones que la auxilian; y los viajes, para arbitrar recursos, de personajes como Massó que se encuentra en los Estados Unidos, sin haberle podido estorbar el paso.

IV

Tales son, querido paisano, las fases que presentan, hoy, en Cuba la revolución y la evolución; es decir, el estado lastimoso, y de peligrosa opresión, en que se encuentran los partidos que aún lo esperan todo de la realización de sus ideales, á pesar de los privilegios otorgados al Conservador, que se opone á toda reforma; y el estado progresivo que vienen adquiriendo los que solo esperan la salvación de aquella Isla por medio de la guerra, desde que apelaron á ella, hace nueve meses, aspirando á medidas más radicales que aquellas en que se habían fijado autonomis-

tas y reformistas, al concretarse á las Reformas del Sr. Maura, y á las demás que modestamente formularon los del partido que preside el ilustre montañés, Conde de la Mortera.

Si la guerra ha sido favorecida y seguirá siéndolo por la conducta empleada allí con los liberales, desde que salió el Sr. Calleja y cayó el partido fusionista del Poder, entregando nuevamente la cosa pública al partido Unión Constitucional, y no concediendo la implantación de las reformas aprobadas, ni discutiendo las otras pedidas por el partido Reformista y las Corporaciones económicas, y apoyadas por el Autonomista, cuya fuerza moral tanto importaba haber reforzado en lugar de dar al traste con ellos...: cosas son que dejo á tu ilustrado criterio y al de los demás paisanos que habrán de leér este humilde trabajo. Recordándote que en tiempos del injustamente calumniado y titulado débil General Calleja, (cuando se daba á cada partido lo suyo, teniendo los conservadores gobernadores suyos, como el Sr. Golmayo en Matanzas y Otero en Santa Clara, y los favores de los de Santiago de Cuba y Pinar del Rio; respetándoles en la Habana y Puerto Príncipe, y no faltándoles ministros como Becerra y Canalejas; y se dispensaban, á la vez, á los autonomistas y reformistas las consideraciones á que les hacía dignos el contar con la mayoría del país, derrotando á aquellos en las urnas) contando aquel General—simpático, como la causa reformista, á todas las clases y razas de la Isla—con solo 10.000 hombres de tropa, y voluntarios mal organizados y

por equipar, consiguió sofocar la rebelión en Febrero y Marzo, ofreciendo reformas inmediatas, y manteniéndose imparcial con los partidos, que pudieron prestarle así valioso concurso ante las masas: se entregaron los levantados en Matanzas y en las Villas; se recogieron las armas y banderas en Pinar del Rio; la Habana y Matanzas, como el Camagüey, permanecieron en tranquilidad; y sólo débiles partidas subsistieron en Santiago de Cuba pidiendo, unas, las Reformas de Maura, y otras la Autonomía.

Efectos que dejaron de notarse: en cuanto se fué dicho General; no se enviaban las reformas; y observaron las masas—con el predominio que se concedió al odiado partido *conservador*—la completa desautorización de los autonomistas y reformistas, perseguidos y maltratados como *enemigos* de la integridad nacional; y que se reproducirían aquellos espejismos con que se venía engañando á izquierdistas, económicos y reformistas, y con que los autonomistas estuvieron, durante diez y siete años!, predicando en el desierto, y alimentando lo que, para mayor burla, llamaban, los *conservadores, esperanzas sin ocaso*.

Lo expuesto hará pensar, á cuantos influyen en los acontecimientos de nuestra nación y á la misma opinión pública, llamada á decidir el conflicto gravísimo que se ha creado ya, en que la cuestión de Cuba debe considerársela en su doble aspecto; y al lado de la acción militar emplear también, sin exclusivismos, como de mejores resultados, la acción política: llevando, allí,

todas las reformas necesarias y aprovechando las energías que aún conservan los partidos. Cuya *tregua política*, en sus luchas, fracasó por los nombramientos de concejales y funcionarios, incluso Gobernadores civiles. en favor de los *conservadores*, con detrimento de las mayorías que representaban autonomistas y reformistas; y la dificultó la insistencia de aquellos en predicar el exterminio, en las poblaciones, de cuantos ellos sospechaban que eran desafectos á España; en lo cual—según sus periódicos—se hallan incursos los que no militan en su *partido, único español*.

Hay, respecto á la acción política, quienes no piensan como nosotros, *arguyendo* que implicaría un acto de cobardía, para la nación, dar á Cuba, en los momentos presentes, ni las cacareadas, ofrecidas y mistificadas reformas de Abarzuza, tan tardíamente aprobadas.

A las demás reformas, también se oponen; y no diremos nada á la Autonomía, porque, para esos, autonomistas, reformistas y separatistas son una misma cosa, según la propaganda insinuada por el Partido Conservador de Cuba, y por cuantos monopolizan, impunemente, pingües ganancias en aquella Isla, con perjuicio de la inmensa mayoría de los españoles, al exponernos, después, á guerras y calamidades que pudieran estar evitadas, de no servir de instrumento, todos, á las explotaciones y á las intransigencias.

Otros se oponen á toda concesión, de reformas, y abogan por la sola intervención de las

armas en la cuestión presente de aquella Isla, por ignorar lo que allí ha venido pasando, y cuanto en realidad necesita la sociedad aquella para poder dar salida á sus frutos y moralizar su administración, cuya fama por el orbe vuela; y además desconocen, en su buena fé, lo que ha sucedido en casos análogos en nuestra propia historia, y en la historia colonial de otras naciones, respecto á América.

Y á ellos, principalmente, trataremos de convencer de que se hallan en un error, si es que con lo expuesto no han salido de él.

Ante todo, nos preguntamos:

¿O necesita, ó nó necesita Cuba las reformas?

Si se ha reconocido que son necesarias de un modo absoluto y categórico, tanto por los partidos autonomista y reformista, que lo significan todo en aquel país, cuanto por las mismas Cortes de la nación, donde transaron, con ello, el partido Unión Constitucional y los mismos partidos de la madre Patria, condenando todos, al fin, el sistema con que se venía arruinando á Cuba; el cual la llevaba al descontento, que solo favorecería á los que desean un Gobierno independiente del de la Península, atizando para ello la guerra: si esto es ya axiomático, para todos, aún para los que se dirigen á las madres de aquí, echando á Maura la culpa de la guerra ¿á qué venir negando aquellas reformas un día más, ni desautorizando á los partidos que con tanto patriotismo las pedían; y lo que es peor, á qué seguir perjudicando, con su demora en implan-

tarlas, al pueblo que allí esperaba y espera ver la paz y mejorada su suerte con la prosperidad que las mismas habrían de llevarle?

La cobardía, pues; la imprevisión, de funestas consecuencias; y la crueldad, consistirá en no dar á dicha Isla cuantas reformas necesita y se le ha prometido solemnemente; aunque no fuera por otra cosa que por auxiliar con ellas á los habitantes que aún están al lado del Gobierno de España, urgiéndoles salir de toda decadencia para poder contribuir, siquiera en parte limitada, á los gastos enormes de la guerra, y resistir las numerosas calamidades que ella hace nacer á su alrededor, antes de exponerlos á los extravíos del hambre, ó á los horrores de una emigración: todo lo cual sería también favorable á los fines del separatismo, que viene siendo alimentado por los que resisten el envío de las reformas y persiguen á los que las soliciten, engrosando así las filas revolucionarias; á las cuales presta la miseria contingentes de que ha hablado el mismo Martínez Campos, confirmando más nuestras afirmaciones.

Y echando una mirada retrospectiva ¿no se terminó la otra Guerra de Cuba?—después de diez años de horrores, por algunos pocos aprovechados con creces, pagadas por el pobre pueblo que siempre sufre—¿no se terminó, repetimos, por el convenio del Zanjón, concediéndola, entonces, lo acordado en el mismo, sin que ello implicara un acto de cobardía para nadie, el de poner fin á la acción exclusiva y devoradora de las armas, dando paso á la política,

á la acción de los estadistas; y notándose, por todos, las ventajas que se tocaron de la suspensión de la lucha, donde tantos hombres y tantos millones se habían consumido inútilmente, enseñando á pelear á un pueblo tranquilo, para hacer—al fin, en 1878--lo que pudo hacerse al principio en 1868?

El caso, pues, de conceder reformas á dicha Isla, ni sería nuevo, ni dejaría de ser más lógico y más justo el darlas, aunque tarde ya, á los elementos que se mantienen al lado del Gobierno de la nación.

¿O es que habrá *mayor honra* en concederlas mañana, más amplias, cuando haya otro pacto con los insurrectos, si llegara ese caso al pensar con el ilustrado General Bazán, que dijo en la *Revista Portuense*, al volver hace poco de Cuba: *Que la guerra, por las armas, durará diez y ocho años, y pactando con los insurrectos se acabaría muy pronto?*

Los mismos que, en la vez pasada, abogaban por el exterminio y por el sistema único de las armas, tocaron y celebraron después los efectos de la paz, y los resultados del cambio de política; que vinieron á malograrse por los privilegios del partido Unión Constitucional, dando, con sus abusos y sus resistencias, fuerza y alientos á la revolución.

Del término de la guerra, se dolieron, tan solo, los que, sin ser soldados, inválidos ó con los abonarés en sus bolsillos, hacían negocios á su sombra, cual sucede en todos los tiempos parecidos.

Y no dejando la Historia de la mano, como maestra de la vida, el haber considerado exclusivamente bajo el aspecto militar los conflictos de las colonias de América, que pedían libertades y reformas análogas á las que gozaban sus hermanos de las Metrópolis ¿qué resultado produjo, siempre, tanto á España como á Inglaterra, á pesar de su poderío en el último y primer tercio del pasado y presente siglo?

¿Qué fué, para los sucesores de los reyes de León y Castilla; los herederos del trono de Isabel I, ¿qué hicieron, querido paisano, de Méjico, del Perú, de Chile, de la Argentina, de Venezuela, de la Florida, de Jamáica, de Santo Domingo, y de los demás pueblos hermanos de aquel continente é islas que, con nosotros, debían formar aún la más poderosa federación, dadas las instrucciones á cuyo calor se unieron los Reinos, Condados y Señoríos que debían de hacer de todos los hijos de la Iberia un solo pueblo, de no haber matado aquellas municipalidades, aquellos Justicias y aquellos fueros que en tanta unión supo guardar nuestra reina con aquella fórmula federal, toda sabiduría, «Tanto monta, monta tanto...», manteniendo en toda su integridad las energías de cada una de las regiones de la Pátria?

Y Jorge III, educado en un país de no menores libertades, y entre instituciones que debieron de aleccionarle para la dirección de los que no querían dejar de ser sus súbditos ¿qué cuenta dió á su pueblo de las trece colonias que después llegaron, con el nombre de los *Estados Unidos* á asombrar al mundo, aumentando su primitiva

población en sesenta millones; y desligándose de Inglaterra, cuando menos lo podían esperar aquel soberbio monarca y los que le aconsejaban mantener sus monopolios irritantes en favor de negociantes avaros de la Metrópoli?

Complicaciones de lo porvenir, invisibles para los que no quieren ver, provocadas siempre por esas intemperancias que llegaron hasta reirse de los ejércitos que mandaban *Washington* y *Bolívar*, como el Gran Capitán del siglo se reía del *populacho* que defendió nuestra independencia, entregada y vendida España por los de arriba; eventualidades que evita y salva todo Gobierno previsor y justo, pero no los venales ó mal aconsejados ¿no les hicieron reconocer su separación absoluta de aquellas naciones, á las cuales sólo pedían — en un principio — libertades como las que gozaban sus hermanos de las respectivas metrópolis; y, cuando más, una autonomía que no las separase de la unidad nacional, porque, naturalmente, y sobre todo las colonias españolas, donde no había tanta mezcla de pueblos diferentes, sentían con orgullo el origen de sus razas?

¿Qué *honra* y qué *provecho* produjeron á las naciones dichas, tanta sangre vertida, y el consumo de tantos tesoros; la enemistad de tantos pueblos; y el haber desoído, en los primeros momentos, los sábios consejos de ministros como el Conde de Aranda y Guillermo Pitt abogando, antes de los conflictos ó al iniciarse éstos, por la concesión á las colonias de los derechos que las correspondían; y lo cual hubiera evitado, en las nuestras, tan prematura y, para ellas también,

perniciosa separación, dado que carecían de las virtudes y de la tolerancia y educación que ha llevado entre la paz y el progreso á las originarias del pueblo inglés, que tanto se han aprovechado de las debilidades de nuestra raza, consumida por el ciego afán de nuestro propio exterminio según la imposición fanática de los educados por los que expulsaron á los moros de nuestra Pátria y no permitieron la tolerancia religiosa en la misma, ni en sus colonias vieron otro ideal que el del oro?

Y las que de nuestro origen no se hicieron independientes, en América, por sí propias, á excepción de las islas de Cuba y Puerto Rico—que intentan el mismo camino, fundándose en idénticas causas de no concederlas reformas necesarias que, dadas á tiempo, evitarían los conflictos con toda seguridad—¿nuestros Gobiernos no las perdieron, pasando á formar parte de otras naciones?

¿A qué sostener por lo tanto, como único remedio, para salvar nuestros territorios y nuestra honra nacional, el sistema del exterminio; si con él y por no atender las reclamaciones de nuestros hermanos, ni á los consejos de ministros imparciales, hemos perdido todas las colonias, y aún la misma región de Portugal? ¿O es que la historia nada dice?

Y en lo que á España se refiere (porque Inglaterra no tardó en capitular con los Estados Unidos, ni en conceder á los dominios del Canadá la autonomía más amplia, cortando las guerras y reanudando ó prosiguiendo sus relaciones mer-

cantiles con ellos) el sistema *militar* que emplearon aquellos Gobiernos nuestros, para sofocar las rebeliones de las colonias, sosteniendo la guerra sin cuartel, antes de dar libertades, hasta que derrotas como la sufrida en Ayacucho no nos obligaron á evacuar aquellos territorios ¿no acrecentó la odiosidad de los americanos contra nuestra nación, proporcionándola, después, innumerables perjuicios en su comercio, prefiriendo hacer tratados mercantiles con otras naciones que, en definitiva, han sido las aprovechadas de nuestra soberbia y de nuestros ilimitados errores, en los asuntos de familia?

Las mismas leyes de Indias, nuestras añejas instituciones, y los consejos de tantas hecatombes como nos ha proporcionado el abandono de la acción política, para emplear la del exterminio contra nuestra misma raza ¿no nos enseñan, nada, respecto á lo poquísimo que conservamos de aquel pasado glorioso é imponente, en que el Sol no levantaba sus rayos de territorios inmensos que, con los de esta Península (sin que hubieran osado arrebatarnos á Gibraltar) formaban la nación más respetable de la Edad Moderna?

La Historia, pues; la razón; la misma humanidad, que detesta la guerra, aconsejan, en fin, que en casos, como el presente de Cuba, se acompañe á la acción de las armas la saludable—y en la mayor parte de las veces salvadora—acción de la política.

Por ello insistimos en aconsejarlo; porque vemos la conveniencia que reportaría á todos

implantar allí las reformas, haciéndolo ahora pero pronto, en el sentido radical que ha venido á exigir la guerra, ya que no estamos en los tiempos de Maura en que hubieran podido atenuarse; y ya que urge facilitar, á aquel país, su reconstrucción, al hallarse precipitado en la más espantosa de las ruinas, si es que no se ha de condenar á la emigración, por lo menos, á cuantos están, aún, al lado de España.

Ahí tienes, amigo Garrido—en lo que vá expuesto—parte de lo que se puede decir, de lo que viene pasando en Cuba; y para cuya relación minuciosa haría falta otra pluma mejor cortada que la mia, y un número de cuartillas mayor del que te ofrecí.

Y no hagas caso de esos *corresponsales* que dicen que, allí, autonomistas y reformistas están contentos con la política que ha logrado su exterminio, la resistencia á toda reforma y el aumento en crescendo de las filas de la revolución: ni mires en cada cubano ó cubana un enemigo de España, como se afirma en folletos y publicaciones que aquí extravían la opinión, ahondando abismos y acentuando preferencias de nacimiento contra nuestros hijos que, de convertirse en dogma en esta península, justificarían la propaganda rebelde, y separaría de España cientos de miles de criollos que no están por la revolución, y hasta figuran en el Ejército nacional.

Por fortuna, aquí, lejos de Cuba, podemos escribir sin que venga el partido Unión Anticonstitucional (especie de *Maz-Horca Argentina*)

á denunciarnos, á autoridades suyas, de desafectos á España, porque no aplaudimos sus monopolios, ni sus edificantes artículos *patriótico-doctrinales* «Echar la llave,» «!Sin Madre!» y «En mangas de camisa»; pues le sería difícil encontrar Gobernadores Generales, distraídos sobre el campo de la guerra y en las ramificaciones que esta tuviese en el exterior; Jueces que nos *empapelasen*; ni autoridad que decretara, por sus consejos *desinteresados*, nuestra deportación.

Ni aquí se ven siquiera Guardias civiles, ni Guardias municipales, de Ayuntamientos conservadores, con el difamante *componte*, colgado del machete; ni se ven *cepos*, recordando los tiempos de la esclavitud; ni se ven, por último, Directores de periódicos, tan sérios como el del *Diario de la Marina*, salvándose del asesinato, en medio de las calles más concurridas de una gran capital.

Pero ¡ojalá termine pronto todo lo que allí pasa; y más que podría pasar aún, al perseguirse á todo el que no es de la funesta *Unión Constitucional!*

Ojalá, querido condiscípulo y paisano, que amigos y familiares que dejé en aquella hermosa Antilla, de cuya desgraciada y sufrida juventud forman parte mis hijos; y amigos, familiares y paisanos que tengo en esta tierra, de cuya juventud—no menos amenazada—forman parte mis hermanos, vean pronto esos días en que la paz ilumine toda clase de venturas en nuestra Pátria; devolviendo el amor, la unión, la tranquilidad y la abundancia á las familias que hoy ya-

cen entre las mayores divisiones y congojas, tanto en estas como en aquellas provincias hermanas de Ultramar: y á cuyos hijos tan españoles como nosotros, por ser nuestros, estamos en el deber de considerar, concediéndoles—en la vida pública de aquellas—la intervención y los derechos que les viene negando un sistema cruel é inhumano de privilegios irritantes; si queremos que la paz sea eterna y que su valor, heredado como el nuestro, de los héroes de Sagunto y de Numancia, de Zaragoza y Gerona, no se emplée, como sabríamos hacerlo todos, sino cuando haya quien atente contra la integridad de nuestra raza y contra la independencia sagrada del suelo que nos legaron nuestros mayores, tan puestas en peligro, una y otra, por esos que entienden que gobernar un pueblo no es otra cosa que imponer al mismo—con su dinero y con su sangre—las conveniencias de empresas que han logrado el privilegio de explotarle en todo, sin tasa, aumentando en América los discípulos de Monroe.

V

Desligado, aquí, de compromisos políticos, porque no estoy afiliado á ningún partido de ésta, te cumplo mi ofrecimiento sin fijarme en tus ideales, ni saber cuáles sean: entendiendo que los asuntos de aquella Isla deben afectarnos por igual á todos los españoles, incluso á los allí nacidos; y que, por ende, debemos estudiar sin apasionamientos las causas que les vienen dando

origen—desde hace años—para resolverlos sin precipitaciones, huyendo de la impresión del primer momento.

Interesa á todos, curar de raiz y con acierto, un mal que tanta juventud consumió en la pasada guerra de diez años, y en las anteriores del Continente, y que tanta amenaza llevar á la tumba en esta, suspendiendo los beneficios de la paz; quitando á las artes y á las ciencias los brazos y cerebros que exige el militarismo, en tales circunstancias; y echando, sobre nosotros y las generaciones futuras, una serie de deudas que, de no remediarse, para lo porvenir, vendrán á hacer de nosotros unos meros esclavos de cuantos *prestamistas* se presenten á *salvarnos*, hoy, ofreciendo un dinero que va derecho á engordar á negociantes improvisados, y á las arcas de un comercio que, generalmente, es extranjero, á donde se acude por *armas, barcos y municiones* por parte de ambos contendientes. ¡Que así hacen su negocio, fuera de España, aumentándole con la emigración de hermanos nuestros; y con el hecho de paralizarse en Cuba la producción, destruyendo capitales que jamás podrán reponerse: por lo cual las deudas recaerían sobre la Península é islas adyacentes, de hacerse crónico dicho mal.

Asunto de tanta gravedad (sin pensar en que se complique en una guerra con cualquiera nación) impone, á nuestro pueblo, acertar en los remedios; y aplicarlos pronto: si es que ese *Dios*, á quien ha erigido tantas catedrales, no le ha cegado hasta el extremo de que en lo que falta

de siglo tenga—como premio de tanta fé y de intolerancias tantas—la consumación de cuanto presagiaba el insigne compatriota nuestro, el Conde de Aranda, al aconsejar á Cárlos III sobre la torcida política que se venía siguiendo respecto á nuestros hermanos de América, y aun respecto á las demás cuestiones que con los otros pueblos de aquel mundo se relacionaban.

Pensemos en Cuba y Puerto Rico, ya que el resto de nuestros hermanos de América los perdieron para la nacionalidad española, con todas sus riquezas y con todos los encantos de aquellos países; por cuyo progreso debemos, no obstante, hacer votos sinceros, procurando su amistad.

Dejemos que clamen contra los responsables de su separación, los mánes de Isabel I y de aquellos paisanos nuestros que llevaron á cabo tan malogrados prodigios, cuando España se destacaba invencible por las energías de sus municipalidades, y corría de victoria en victoria con la fuerza incontrastable que la cedían las viriles instituciones autonómicas en que se desarrollaron y educaban sus regiones, permitiendo á los catalanes y aragoneses aquellas hazañas que á tanta altura elevaron su nombre en Oriente; á los leoneses y castellanos, las no menos famosas que realizaron en el mundo occidental, cuyas sombras se disiparon ante su arrojo; y á nuestros hermanos de Portugal, aquellos esplendores que sus poetas han sabido esculpir en epopeyas dignas de tanta gloria; cuando la, hoy pobre, raza ibera—venciendo, á la vez, á la Media Luna y

salvando á Europa de su invasión por el Occidente—era admirada de propios y extraños por sus leyes, por sus universidades, por su literatura y por sus famosos tercios; por el progreso de sus labores agrícolas y por la pujanza de sus industrias; por sus empresas marítimas, por la honradez de sus legisladores y por la talla de sus militares, que lo mismo manejaban la pluma que la espada, alternando su bravura con la nobleza y caballeridad que produce el cultivo de las ciencias y de las artes.

Si tanto se ha venido á perder en el pasado siglo y, sobre todo, en el primer tercio de éste, por divorciar la política de la guerra, las armas de las letras, como diría el Manco de Lepanto al recordar aquellos hombres de los buenos tiempos de ¡nuestras Españas!, políticos profundos, á la vez que guerreros no rutinarios, ni debidos á la improvisación; si tanto hemos sufrido por errores ó extravíos cuyos efectos conocemos y sentimos con todo el peso de innumerables desastres: ¿á qué no volver sobre nuestros pasos, para reconstruir, en lo posible, nuestro despedazado organismo? Y conservando á Cuba agradecida, rica y feliz, bajo instituciones sabias, en que presida la lealtad, que pugna con todo monopolio: ¿por qué no miramos en ella (que pudiera contener ocho millones de habitantes) el necesario lazo de unión para estrechar, por medio del comercio y del amor que alienta en seres hermanos, nuestras relaciones con todos los pueblos de nuestra familia situados en la América, único modo de realizar los destinos que aún

estén reservados á nuestro pueblo, cuya división, cuya ruina y cuyo raquitismo persiguen, de cerca, razas solapadas que aún no se han vengado bien, ni con sus piratas ni con nuestras imprevisiones, de aquel alarde marítimo que solo los elementos pudieron destruir á Felipe II, y que nos ha costado hasta el propio Gibraltar?

Afortunadamente, no de otra manera piensan, en Cuba, cuantos ven allí para la integridad de nuestra raza peligros inminentes en las guerras civiles, en la anexión, ó en el separatismo, sin excluir á muchos, cubanos ó peninsulares, que han acudido á la manigua arrastrados por la fuerza infortunada de intransigencias nacidas al calor de éstos períodos, tan expuestos á venganzas y desafueros por parte de esas agrupaciones funestas que, no contentas con la explotación y con producir la miseria, son insaciables en el abuso de todos los procedimientos, cuando por desgracia cuentan con el apoyo desmedido de hombres y autoridades que son Poder á despecho de toda protesta y para escándalo de toda idea de moralidad y de justicia.

VI

Y por último, te diré que—á mi salida de aquella Isla—los elementos que aún esperan grandes resultados de que se manden, á la vez que refuerzos, reformas, aguardaban con ánsias ó un cambio de política con el envío inmediato de medidas salvadoras, ó un nuevo Gobierno que resuelva aquella hecatombe, que allí descarga

con todo el peso de una horrorosa realidad, en el sentido que tengo expresado: auxiliando á la acción de las armas con las reformas que la política aconseja, según las necesidades formuladas ya, por aquél país, las cuales se hacen cada día más urgentes ante el incremento tomado por la desolación que siembra la guerra.

Insistiendo en mis votos por la paz, doy fin á mi ofrecimiento, que te remito en folleto, porque, ha pasado de las dimensiones de un artículo para tu periódico; esperando lo aceptes y lo comentes con toda libertad: teniendo mi información como el resultado de catorce años de continuo batallar en los partidos de aquella tierra, en cuyos movimientos políticos, disidencias y formación de dichos partidos, he tomado parte activa; siendo así testigo, constante, de ese enorme proceso de 17 años que ojean hoy, á la ligera, *corresponsales* de ocasión, con noticiones de efectismo, sin fijarse en el *Sumario*: y cuyas conclusiones, para desgracia de todos, se han venido á presentar en una forma que pudo haberse evitado á tiempo; pero que no por ello, colocados ya en tan penoso trance, dejan de merecer un estudio más detenido para la opinión pública de nuestra nación, que es en definitiva la llamada á dictar sentencia.

Y, ojalá lo haga pronto y bien, para que en lo porvenir no se repitan guerras tan dolorosas; no siendo para ello la política más adecuada la del exterminio, ni la de toda resistencia á las reformas; sino la del amor que, á tanta distancia y en los habitantes de los trópicos más, cura los

odios y no engendra reivindicaciones; y la del derecho y la de la imparcialidad que ahuyentan todo agravio y consolidan, con la armonía entre los hombres y los pueblos, las satisfacciones de la justicia.

Perdona las molestias que te proporcione su lectura; y sabes que te quiere tu condiscípulo y paisano.

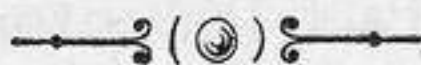
LEANDRO G. ALCORTA.



¿POR QUÉ CRECE LA INSURRECCIÓN?

— Y —

Cómo se extravía aquí la opinión pública



León y Diciembre, 26, 1895

SR. D. JULIO DE VARGAS MACHUCA

Redactor de *El Liberal*,

MADRID

Distinguido amigo:

I

Tengo el gusto de adjuntarle el folleto que
titulo ¿QUÉ PASA EN CUBA?

En él publico, sobre ese tema, una carta que
me pidió, cuando llegué de dicha Isla, el mes
pasado, el Director de *La Provincia*, periódico
conservador de esta ciudad.

Como los asuntos de Cuba, deben ser trata-
dos por todos los partidos y aún por todos los

hombres de la Pátria, me permito rogarle se entere de su contenido. Y le agradecería se ocupasen del mismo en *El Liberal*, si, cual á mi me sucede, ven Vds. el crecimiento de la insurrección: en la no aplicación, á los males de Cuba, de la acción política, sino militar; en las decepciones que sufre aquel pueblo, que ni vé implantarse reformas ya aprobadas, ni espera que lleguen, ni se discutan (cerradas las Cortes) medidas protectoras para sus frutos, para su *administración* y para los intereses insoportables de sus deudas; y en la persecución injusta, cruel é inhumana que se hace á los autonomistas, reformistas y aún indiferentes, por medio del Partido *Unión Constitucional*, tenido por el único partido incondicionalmente español, á quien se ha entregado de lleno el Gobierno: declarándose, con ello, enemigo de toda reforma, como lo es aquel Partido desde su aparición en la vida pública.

Apasionado Romero Robledo por los constitucionales de Cuba, tan sedientos de venganzas desde que salió de la Isla el General Calleja; ligado Martínez Campos al Ministerio en que aquel se imponía, así como á su cuñado Arderius y al Secretario del Gobierno General, Calvo Muñoz, que le sustituían en sus largas ausencias de la Habana, siendo éste, uña y carne de los caciques conservadores, desde que las *dulzuras* de Filipinas le hicieron olvidar la presidencia del Cantón de Alhama, y sus aficiones *sagastinas*; impuesto Romero Robledo, también, á Castellano, en el nombramiento de Porset para

el Gobierno civil de Matanzas, que en igual sentido obtuvo, para Pinar del Río, su correligionario, Rodríguez San Pedro, como pariente de Suárez Valdés, General de la confianza de Martínez Campos, y conservador intransigente, sobre todo cuando se trata de proteger á los familiares y caciques que le habían hecho ó pudieran seguir haciéndole Diputado á Cortes por dicha agrupación: colocados en el Poder aquellos hombres, y con ellos sus socios y *su personal*, cuya historia y cuyos *juegos*, de quince años de ruinas y vejámenes, tanto repugnaba al país, que la conocía en sus mayores detalles al recordar su paso por Gobiernos Civiles, Aduanas, Ayuntamientos, Diputaciones y demás, con la exclusión de los autonomistas; decretado el exterminio de autonomistas y reformistas, desde la entrega de Ayuntamientos, Alcaldías, Gobiernos y otros cargos, á los aludidos amigos de Romero Robledo, cuando llegó Martínez Campos á Cuba; y tenidos y delatados como separatistas cuantos no eran conservadores, en situación tan crítica, en que éstos (que habían jurado vengarse de los tiempos de Calleja y Rodríguez Arias) no les ofrecerían imparcialidad alguna, erigidos en Autoridades: ¿no se provocó por tales medios, que solo un Romero Robledo impone apasionado por los suyos, la disolución de los partidos Autonomista y Reformista, ofreciéndosela éste, á Martínez Campos, varias veces; y cuyas Directivas Centrales, por residir en la Habana, son las únicas que no están ya en la dispersión que cundió en sus organismos de provincias, comités y afiliados, lle-

vada la consigna, por los conservadores—sin contar con delaciones calumniosas, á granel—hasta expulsarlos de los censos electorales?

¿Y nó se indicó al pueblo de Cuba, que lo esperase todo, menos el envío de las reformas, á que tanto se había opuesto y sigue oponiéndose, mimado por el Gobierno, el Partido Unión Constitucional, y que este colmaría sus deseos de tener nuevamente, al país, en aquella esclavitud y tutela que tantos descontentos había producido, durante los quince años que precedieron á la aparición del Sr. Maura en el Ministerio de Ultramar?

En 1878 el mismo General en Jefe que hoy dirige las operaciones militares en aquella Antilla, pensaba como nosotros, escribiendo á Cánovas, entre otras cosas, que «*Las promesas nunca cumplidas, los abusos de todo género, el no haber dedicado nada al ramo de fomento, la exclusión de los naturales de todos los ramos de la Administración, y otra porción de faltas, dieron origen á la insurrección: el creer los Gobiernos que aquí no había más medio que el terror, y ser cuestión de dignidad no plantear las reformas hasta que no sonase un tiro, la han continuado: por ese camino nunca hubiésemos concluído aunque se cuaje la isla de soldados.....*»

Estando, aquel país, confiado en las aspiraciones y procedimientos pacíficos de los partidos liberales, Autonomista y Reformista, que—aunque tardíamente—prometían conseguir del Gobierno reformas y medidas protectoras, hacía tiempo necesitadas y pedidas en pretensiones

modestísimas: ¿no créa V., amigo Vargas, que recibió la mayor de las decepciones, al llegar Martínez Campos, y ver anulados aquellos partidos, por la nueva é irritante dominación que se confió á la minoría del Partido Unión Constitucional, ansiosa de venganzas; la cual, no obstante, odiaba á tan noble caudillo por su pasado reformista, y aún pedía su relevo por otro General menos complaciente, al Sr. Romero Robledo? Y que pérdida toda esperanza, y delatados como desafectos á España cuantos no eran del Partido Unión Constitucional, el pueblo—que pasaba además hambre por no llegar nunca reformas—¿había de maldecir de los diez y siete años de evolución pacífica, para volver sus ojos á la revolución; proporcionándose, con tal conducta, á Máximo Gomez y Maceo contingentes con que no hubieran contado de otro modo, al haberse planteado inmediatamente la política reformista de Martínez Campos, cuya debilidad ha consistido en no haberse impuesto á la política de Romero Robledo, á cuyos amigos, dió parte en el Gobierno, en tanto atropellaban las mayorías liberales?

«Las promesas nunca cumplidas, los abusos de todo género, etc., etc.»; la miseria que sufrían los pueblos; el ver alejarse la autonomía, las reformas, las medidas económicas, hacía años solicitadas, sin resultados positivos que aliviaran sus añejos males; el triunfo oficial del Partido Conservador, matiz romerista, enemigo declarado de aquellas reformas y medidas; y sus persecuciones: ¿á dónde habían de llevar á las masas,

perdida la fé en los partidos liberales, maltrechos y destrozados; y con su acción paralizada, cuando la revolución las insinuaba que las reformas conseguidas, en 1878, sólo las habían dado merced á la guerra de los diez años?

Erigido aquel sistema, desde un principio, y la acción del sable, como únicos remedios para contener la revolucion; resultando una burla la ofrecida implantación de las reformas de Abarzuza: dentro de las Leyes más fijas en la marcha de los acontecimientos de nuestra historia colonial, no podían, si la ciencia es ciencia, dar otros resultados que los que se vienen palpando con esa triste evidencia que presenta ya la insurrección, estendiéndose, irresistiblemente, con su rastro de irreparables ruinas, desde Santiago de Cuba á Puerto-Príncipe, de aquí á Santa Clara, y de Santa Clara á Matanzas, la Habana y Pinar del Rio: habiendo destruido la riqueza pecuaria en el Camagüey, é impidiendo la zafra actual y las cosechas de tabaco, en las otras provincias; creando con ello el conflicto del hambre, el anarquismo en cada ciudad y en cada barrio; y amenazando destruir lo poco que queda, con esas partidas y desesperados sueltos, á quienes bastará contar con fósforos para lograr su objeto en regiones sembradas de caña, por ejemplo; y aún en las dedicadas al tabaco, por ser de madera y guano la mayor parte de las viviendas y de las casas destinadas á guardar las cosechas, pobres ya en sí por la falta de mercados, y por el desdén con que la Arrendataria Nacional vá á otros países por ese producto que, puesto que

aquí no permite á nuestros labradores su cultivo, bien podía haber dispensado á los de aquellas provincias españolas la protección que se derrama sobre los Estados Unidos, llevándoles el dinero del fumador peninsular; y pagándole indemnizaciones crecidas, comprándoles barcos, y hasta tomándoles harinas, para no vender las de casa.

A tal sistema, al hambre, y al empleo exclusivo de la acción de las armas, débense, sin duda, aunque las esperanzas en Martinez Campos y su carácter humanitario los haya contenido y atenuado, esos levantamientos de provincias enteras, que esplican el tener sitiados y distraídos á tanto Ejército, voluntarios, guerrillas y aún Guardia Civil, Municipal y Gubernativa que allí están haciendo servicio por campos, playas y ciudades, armados hasta los dientes, en número de 250.000 hombres, lo menos.

Y así se esplica que, Máximo Gomez y Maceo, paséen con sus escoltas, más ó ménos numerosas, de Santiago de Cuba á Matanzas, teniendo un espionaje llevado á la mayor perfección; y hasta que lleguen á Pinar del Rio cuando desembarque Collazo, ó antes: pues, verdaderamente, no llevan á cabo esas invasiones de que hablan los *corresponsales*, sino que van como pasando revista á pueblos sublevados en grandes masas, teniendo por suyo el campo, á excepción de las poblaciones. Unica manera de comprender que á un General tan aguerrido como Suarez Valdés, á quien se ha colocado siempre en los lugares por donde pudiera pasar Máximo Gomez al Camagüey, á las Villas y á Matanzas, le bur-

lase este guerrillero viejo todos sus esfuerzos, desde las Tunas (cuando parecía fácil haberle detenido y estaba la insurrección localizada en Santiago de Cuba) y el cual se encuentra ya en Matanzas, y por regiones que se hallan cruzadas de ferrocarriles y carreteras, además de tener próximos los puertos de los mares del Norte y Sur de la Isla.

En tal virtud, y contando con el descontento general que ha producido en el país la parcialidad en favor de la minoría que capitanea Romero Robledo, y su resistencia á toda reforma, no sería difícil ver que llegasen á figurar en la insurrección doscientos ó trescientos mil hombres, del millón y medio de habitantes con que cuenta Cuba, sobre todo campesinos; á los cuales venía acosando el hambre, hace tiempo, por falta de mercados que dieran salida á las cosechas: explotando tal situación, con usuras sin nombre, esos bodegueros, y caciques á la vez que—tenidos por los mejores españoles, formando el Partido Unión Constitucional y acaparando todos los puestos y negocios—para más desesperar al país los eleva, nuevamente, el Gobierno á ser sus señores de horca y cuchillo, perseguidas las mayorías autonomista y reformista, cuyos ideales y propagandas venían siendo sus únicas esperanzas de alivio.

Así se produjo la indignación general, que tanto explota la revolución entre la juventud y entre las clases que habían llegado á la miseria, achacando todos sus males, su falta de mercados, su bancarrota en los Ayuntamientos y oficinas

del Estado, su falta de instituciones de crédito, de caminos, de escuelas, y su ruina, en fin, á la administración y á los monopolios que mantuvo el Gobierno y el Partido Unión Constitucional en los quince años anteriores á la aparición del Sr. Maura en el Ministerio de la Plaza de Santa Cruz; y al sistema que se ha tratado de imponer, favoreciendo aquel Partido nuevamente en todas sus aspiraciones y resistencias: cuando Cuba, con Gobiernos imparciales como el del Sr. Sagasta (á pesar de los *Becerras*, *Canalejas*, *Luques* y *Golmayos*, que favorecían á dichos conservadores) había demostrado su decidida oposición á tal política; y, sacudiendo pasados indiferentismos, había probado la voluntad firme de sus mayorías—triunfantes en las urnas—en pró de las reformas y medidas económicas á que habían reducido ya sus aspiraciones modestas los partidos liberales coaligados, con el fin de que en las Córtes, viéndoseles fuertes y unidos, y consolidada la paz moral á la vez, no encontrase eco la vocería funesta y peligrosa de los constitucionales y de sus amigos, á aquellas alturas; cuyos obstruccionismos y resistencias tantos alientos daban á la revolución: la cual, así como el Partido Conservador antillano, eran los únicos organismos que se veían heridos de muerte al temor de que se implantasen por España las reformas y medidas económicas con que el país, que temía la guerra, dejaba por satisfechos todos los agravios y todas las miserias que había sufrido, decidiéndose por la paz.

* * *

Pero la acción exclusiva de las armas y el nuevo imperio, inaguantable, de los desacreditados bodegueros y caciques del que en tono injurioso se llama Partido Español, justamente odiado por aquel país; han hecho ver á Martínez Campos y al Ministerio en que se imponía Romero Robledo, que tan mal ha pagado á aquel General su cara complacencia, el crecimiento de la insurrección; llevando hasta Matanzas, en triunfo, su plan de campaña, que solo consiste en destruir todo en los campos, lanzando sobre las poblaciones el anarquismo á que las llevará el hambre, según lo han anunciado. Y se siente á Cuba, ya, casi totalmente arruinada en los diez meses que contamos de semejante política; ante la cual hemos visto multiplicarse la emigración, los rebeldes, los incendios, las deudas, la matanza de hermanos, los fallecidos del vómito, y los inválidos que cuentan, por calles y por campos, los horrores de aquella lucha, en que se hunde la sociedad española que poblaba dicha Antilla.

Y cualquiera otro General en Jefe, no cambiando el referido sistema, hubiera obtenido mayores desastres, si de tales pueden calificarse los hechos que nos abruma con su realidad tristísima, y que vemos en aumento «*aunque se cuaje la Isla de soldados*», como él decía el año 78: pues Martínez Campos, con su pasada historia liberal y reformista; con sus prestigios ante la Corona y los partidos Monárquicos; y con sus ofrecimientos de ser imparcial ante los partidos insulares, y de aplicar reformas inmediatamente (que no se han cumplido, contra su voluntad) contuvo

algo la total sublevación de la Isla, que hubiera tenido efecto, en un principio, si mandan un Weyler ó un Polavieja; y si anuncian con franqueza la imposición de la minoría conservadora y la no implantación ni discusión de reformas y medidas económicas, cuyo envío necesitaban y hubiesen evitado la revolución.

Y Martinez Campos hizo más aún, que en poco se lo agradecen hoy sus enemigos, incluso el *Heraldo* y *El Imparcial* que claman por su relevo, en vez de pedir un cambio de sistema: dió tiempo á reorganizar los voluntarios y guerrillas, y al envío de los ciento y pico mil soldados; así como á la organización de la campaña militar, para lo cual nada habia preparado allí.

La equivocación no ha estado, pues, en el nombramiento del General en Jefe, sino en el sistema empleado. Y repetimos que mucho ha contenido Martinez Campos con su conducta, su historia y su honradez, entregado el Gobierno y confiado allí el despacho á conservadores cuyos procedimientos y cuyos periódicos, con su delirio de persecución, han causado más daño que la dinamita importada por Tunas de Zaza, ahuyentando de los Centros Oficiales á reformistas y autonomistas, inutilizados para defender, siquiera, á sus atropellados amigos.

En cambio, es nuestra creencia, que si ya que no se hizo en tiempos de Maura, envían—estando allí Calleja—reformas y medidas que anhelaba la situación económica de Cuba, respetados como se hallaban los tres partidos al importarse la revolución, pudo muy bien haberse licenciado

todo el ejército que existía en la Isla, que era pequeño por cierto: pues ni Martí, ni Máximo Gomez, hubieran tenido esas masas que se han afiliado á sus ideales por la situación excepcional de miserias, opresión y resistencias, que vieron elevarse á perpetuidad, al sentir de nuevo, en el Poder, al grupo «insaciable» de Unión Constitucional, amenazante, perseguidor y soberbecido; y enemigo cruel y apasionado, sin reparar en los medios, no tan solo de los reformistas y de los autonomistas, que venian siendo los ídolos del pais, sino de Maura, de Calleja, del Ministerio de Notables de Sagasta, y de cuantos quisieron hacer justicia á Cuba y levantarla de su postración, dotándola de otra marcha y evitándola la guerra.

Sería injusta por tanto la Nación si, como Romero Robledo, de cuyos amigos políticos ha sido la culpa de todos los males, achacase los sufridos, y los que vengan, al insigne Caudillo, cuya honradez y cuya historia ha servido para aminsonar aquellos en sus proporciones.

Aunque sea tarde para que se sintieran grandes efectos de emplear otra política: si la iniciada, en diez meses, no ha producido más que desastres, sublevando toda la Isla y arruinándola, así como á España. ¿Por qué se insiste en ella? ¿Por qué no se cambia de sistema, que en ello y no en el cambio de General en Jefe estaría el alivio?

Pues no en balde decía éste en 1878, al Sr. Cánovas, «El creer los Gobiernos que aquí no había más medios que el terror, y ser cuestión de dignidad no plantear las reformas hasta que no so-

nase un tiro, la han continuado; por ese camino nunca hubiéramos concluído, aunque se cuaje la Isla de soldados; es necesario, sino queremos arruinar á España, entrar francamente en el terreno de las libertades.»

Si es racional y humano, en todos los países del mundo, que un solo partido político no tenga del Gobierno carta abierta para exterminar á los demás, matando la evolución y provocando la revolución; si en Cuba son necesarias reformas y medidas económicas que, moralizando su administración, den protección á sus desamparados frutos, y rebaja á los intereses abrumadores de las deudas que ella sola viene pagando; si debe hacerse ver que España, si combate con ejércitos y recursos á los levantados en armas, no abandona ni insulta la suerte de los que están á su lado, ni les lleva á la desesperación, manteniendo las causas del hambre y del descontento: ¿por qué no se atienden, cuanto antes, en su doble aspecto, y se discuten y resuelven los problemas de dicha Antilla, para no empeorar la situación; como sucedería al perpetuarse una marcha que ya se ve que no conduce á otra cosa que á los más espantosos desastres en lo político y en lo militar, si se tiene en cuenta que el descontento crece, y que la insurrección avanza? ¿Es culpa del General? ¿Cuándo se podrán reponer las ruinas sembradas á estas horas en Cuba, dada la decadencia que sufría ya, por haberse permitido, antes y después del Zanjón, el fomento de la agricultura é industrias, azucareras y tabacaleras, en los Estados Unidos y otras repúblicas, con nuestra

emigración, con nuestros *estancos* alentadores del contrabando, y con la carencia de aranceles y tratados protectores, y teniendo que luchar hoy con una competencia y falta de crédito que no existían al concluirse la otra guerra de diez años?

¿Qué capitales volverán á Cuba, en la desconfianza de tan crónicas y recientes perturbaciones? ¿Qué dice su actual miseria?

¿Y cómo restañar la perturbada armonía, entre los elementos que componen la sociedad de aquel país, para que la paz moral y la abundancia material fueran allí un hecho en lo sucesivo, contando con la unión de todos?

Todo ello, que revela gravedad, ¿no exige un cambio no de Jefe sino de sistema: tratando como igualmente españoles y de confianza á los tres partidos insulares; y llevando á Cuba reformas que la levantasen de su postración; porque, de otro modo, ésta y las deudas refluirán sobre la Península, teniendo que echar en sus ya debilitados hombros tal carga, al quedar aquella insolvente, sin habitantes y sin producción?

II

Por lo expuesto, contando con que España triunfe de lucha tan costosa (sin recordar que, los rebeldes y el *Chino Viejo*, no olvidan que abandonamos á *Santo Domingo* en caso semejante); y pensando, á la vez, en las familias innumerables que deja arruinadas la guerra en dicha Isla, donde no podrán soñar con porvenir alguno inmigrantes que irán á dar su sudor á otras naciones; y en las familias que de aquí

pierden hijos y dinero en aquella contienda; se nota con grandísimo dolor, en los días que llevo por esta—que es el objeto principal de la presente carta—los empeños de la generalidad de los periódicos y de los folletistas, de la Península, en excitar la opinión pública de la misma, olvidándose de la suerte que corren las aspiraciones económicas de aquella Antilla; alentando aquí la continuación del sistema funesto que viene sosteniéndose sobre Cuba, con su parcialidad en pró de uno de los partidos, y con sus errores de no implantar reforma alguna en tanto dure la guerra, ni de emplear otra acción que no sea la exclusiva de las armas.

Y es tanto más injusta la aludida campaña de la prensa y folletos, que más se leen, excitando el carácter guerrero de nuestra Pátria; no ya porque se notan, también en ella, la omisión de las aspiraciones de los Partidos Autonomista y Reformista de Cuba, así como de la persecución que sufren y de la funesta dominación del Partido Unión Constitucional, resultando que aquellos predicen en desierto, sino porque se sienten más, por sus fatales consecuencias, las injurias que contra aquellos partidos y contra los cubanos se lanzan, teniéndoles por afectos á la revolución y pintándoles como enemigos de España y responsables, en mayor grado que los que están en la manigua, de los hijos que pierden las familias de acá, ó de los que ven ya inválidos: de cuya manera excitan injustamente, en tal campaña, las pasiones, estimulándolas á la venganza y á las odiosidades entre los naci-

dos aquí y en Cuba; cegando todo camino á la razón; matando la fé en los que desde allá esperan otra conducta; y alentando en la marcha de la insurrección, á cuantos creen que de España no pueden esperar sino injurias, aranceles ruinosos, y nombramientos de barrenderos.

¿A dónde van por tal senda republicanos, liberales y conservadores en los folletos y periódicos que más se leen en la Península, donde con rareza se escucha separarse de aquel concierto de errores y de insultos, á un Pí y Margall, á un Azcárate, ó á un Salmeron, entre los primeros; y á un Maura, entre los segundos; demostrando que el patriotismo corre peligros ante todo apasionamiento, en tanto puede salvarse guiado por la razón?

¿Ván, aquellos publicistas, á donde se ha ido en los once meses que viene durando la insurrección, extendida así hasta Matanzas?

¿A donde se fué á parar, con las demás colonias?

¿Nos llevan al caos, en lugar de hacer política de atracción y sobre todo de justicia?

¿Podremos, por tales caminos, esperar, esta vez, diez años, para reconocer tantos errores y cambiar de sistema?

Esa política apasionada, en que solo se excitan los instintos guerreros de nuestra desmembradísima nación; política de exterminio é injurias (á la cual, los conservadores de Cuba, llamarían de *echar la llave y en mangas de camisa*) que se nota en las publicaciones de aquí, y sobre todo en provincias (donde se llora por la pér-

dida de hombres y dinero) cuyas redacciones, en lo general, ni tienen cange con la prensa de Cuba, y temen transmitir otras pulsaciones que no sean las del sentimiento herido; olvidándose de otros procedimientos, que hubieran evitado la guerra, como los de satisfacer las necesidades de aquella Antilla, formuladas, tan inútilmente, por autonomistas y reformistas: lleva á nuestra Pátria por los peores derroteros, retardando la paz, y haciendo difícil la unión de Cuba á España; puesto que el amor y el derecho, y no el insulto y la tiranía, son los únicos medios capaces de armonizar, para largo tiempo, las voluntades, en los pueblos libres.

¿O es que en España, estamos condenados á no ser justos, á falsear los hechos y á encerrar entre llaves la razón, cuando se trata de las cosas de América; teniendo que poner nuestras plumas al servicio de los apasionamientos con que se nos lleva á la hecatombe, mirando como laborantes á los pocos que dicen alto la verdad, y señalan los precipicios en que se van dejando los girones de nuestra bandera, desde hace un siglo?

D. Federico Ordáx Avecilla, publica—en Noviembre próximo pasado—un folleto, que se ha leído con profusión, presentando á los cubanos y á las cubanas como enemigos naturales de los españoles; aboga por el sistema de exterminio, que emplearon los *Monteverdes*, *Boves* y *Antoñanzas* en el Continente Americano, hasta, que nos expulsaron de él nuestros descendientes tratados así; pide, para Cuba, la dominación de

los peninsulares sobre los hijos del país; y pinta también á los autonomistas, reformistas y económicos, como enemigos de España.

¡Cuánto se lo habrán agradecido Máximo Gómez y Maceo; por que tal política les ha dado contingentes respetables, y seguirá dándoselos mayores!

El Sr. Gasset que va á Cuba y pretende conocer *aquello*, en dos días, oyendo á los *conservadores* que mandan otra vez allí, informa á España desde su popular periódico, *El Imparcial*, los días 13 y 15 del mes corriente, exponiendo que: «*Debe tenerse muy en cuenta, para la relativa tranquilidad nuestra, que cuanto hay de bueno en la Isla de Cuba, procede de la época en que los peninsulares gobernaban y administraban solitos, y que el mayor abandono, el actual y desdichado estado data de cuando han empezado los criollos (muchos de ellos separatistas) á intervenir en toda suerte de cargos y muy especialmente en los municipales.*» Y añade que «*Las divisiones de los españoles, jamás bastante censuradas no lograron prosperar en Gibara. Al comenzar los reformistas sus propagandas no se decidieron á realizar el meeting que se anunció muchas veces, sin llegar nunca á término feliz. Los de Gibara decían terminantemente que por nada ni por nadie se desunirían.*»

Así practica, el Sr. Gasset, su información de *imparcialidad*, de *atracción de verdad* y de *justicia*: injuriando á los criollos, que no han intervenido en los asuntos del país como él

cuenta; porque todo se preparó para que el Partido Unión Constitucional acaparase los puestos, sobre todo, los locales; siendo los únicos responsables de lo que él vió en Cuba.

Si se trata de Gobiernos, aduanas, y demás dependencias de *alta navegación* ¿qué criollos conoció, el Sr. Gasset, dirigiendo aquella desmantelada nave, del Zanjón para acá, á no ser en la modesta clase de *Escribientes Temporeros*?

Y así insinúa dicho señor, al hablar de Gibara, la *especie* de que los reformistas trataban, en sus propagandas, de dividir á los españoles; cuando hubiera hecho un servicio mayor, á la Pátria, no ignorando que la obra de los reformista consistía: en lavar las manchas de los negociantes de Unión Constitucional; en unir á cubanos y peninsulares, trayendo á los autonomistas á una inteligencia que no podían tener, ¡jamás!, con los conservadores; y en evitar la guerra, á que era conducido el país, por el camino de ruinas y resistencias que venían sembrando los que le informaron de tan mala manera, oponiéndose á toda reforma y á la intervención de los cubanos en la administración de las cosas de su tierra, con censos amañados y elecciones de cubilete, mandase Becerra con sus deseos de dar voto hasta á los voluntarios, escogidos entre los peninsulares, generalmente; ó mandase Romero Robledo, con aquel personal que le acompañó en la *peregrinación* reformista de López Domínguez, y del cual descargó parte excelente sobre Cuba.

Los insurrectos agradecerán al Sr. Gasset,

que no defienda las reformas, ni á los reformistas, y ¡mucho menos! á los autonomistas; así como le aplaudirán que sea tan cruel para con los *criollos*, á la manera que lo son también Ordáx AVECILLA y otros escritores; haciendo con ello que, los que están aún al lado de España, vean el *trato* que se les ofrece, prometiéndoles seguirles teniendo incapacitados y como elementos desleales para lo porvenir, á guiarse la nación por tales escritores, auxiliares de R. Robledo.

A fé que es una propaganda que les celebrarán el Partido Unión Constitucional, que ha llegado, así, á recuperar sus puestos en Municipios y demás corporaciones; y les celebrarán los separatistas, que ven engrosar sus filas por ese camino, tan lleno de sinsabores para los autonomistas, para los reformistas y para la propia Pátria, que juntos perecen en la senda emprendida de extraviar aquí la opinión pública, y de desalentar, allá, á los mejores patriotas, al ver, esa conducta, traducida en hechos, clamando por *Weyler* ó *Polavieja*.

Del *Heraldo de Madrid*, que tanta importancia ha dado á sus conferencias con Pertierra y demás caciques conservadores; y de otros periódicos, no hay que repetir cómo tratan el asunto de Cuba. ¿Ni para qué hablar del *consuelo y agradecimiento* con que verán, tal sistema, los cubanos, los autonomistas y los reformistas, que allá predicán aún con una fé, digna de mayores consideraciones, esperanzas que las masas—desconfiadas ya—ven destruídas, al sentir el peso de la política que sigue el Gobierno, entregado

al Partido Unión Constitucional; y al notar, en los periódicos y folletos que aquí más se leen, esa propaganda con que se les injuria, y se les trata de hacer odiosos á toda la nación; que en tanto ni les envía las reformas aprobadas, ni discute las otras medidas económicas que venían reclamando como urgentes?

Desconsoladora perspectiva la que se ofrece á Cuba, si triunfara tal sistema: la dominación del más grosero de los caciquismos, manteniendo las *castas* y sus abusos, en aquella sociedad; cuya gangrena soñaron ver curada, al subir Maura al Poder, creyendo consolidada la paz moral, que ha sido rota, únicamente, por no enmendarse tantos errores; y que jamás se podría restablecer si se insiste en sostenerlos, lo mismo respecto á Cuba, que sucedería respecto á cualquiera de las demás regiones, llamáranse Cataluña, Islas Canarias ó Provincias Vascongadas.

Y entre los republicanos, que parecían ser y son más defensores de un cambio radical de sistema para Cuba, no faltan periódicos, como *El País*, ni folletistas como el Sr. Delorme, que incurran en la propaganda que censuramos de extraviar el patriotismo.

En esa actitud, se lanzan á publicar hasta Suplementos, no para pedir la Autonomía ó las Reformas para Cuba, como medio de concluir la guerra; ni tampoco publica, aquellos, para defender á los partidos liberales, de dicha Isla, de los agravios que vienen recibiendo (que de ellos y de sus quejas no se acuerdan), sino para pedir la destitución del hombre de Sagunto, como lo hu-

bieran podido hacer Romero Robledo, *El Imparcial*, ó el *Heraldo de Madrid*, que como el Pollo de Antequera pretestan no estar conformes con su campaña; no porque quieran un cambio de sistema, que es lo que allí hace falta, sino para que vaya á dicha Isla ¡oh error! otro General en Jefe que acierte mejor con la política anti-reformista y de exterminio que aquí ciega y priva.

¡Y qué tristes coincidencias! Eso mismo vienen pidiendo, en Cuba, los *llavistas*, los conservadores, enemigos de Martínez Campos, como Romero Robledo.

Si ante todo, hoy, está la Pátria y no la caída de un Gobierno; ¿por qué no han censurado la equivocación en haber rodeado á Martínez Campos de conservadores, desdeñando á reformistas y autonomistas? ¿Por qué no hablan de lo perniciosos que han sido los atropellos contra estos dos partidos? Y ¿por qué no han ayudado á Martínez Campos, que desde un principio preguntaba, en Cuba, por el articulado y quería plantear las reformas aprobadas, de Abarzuza, haciendo ofrecimientos que no le permitieron cumplir (ante aquel pueblo que se vió engañado) Romero Robledo y los que le atacan? Tal vez hubieran convencido á Cánovas, Castellanos y Azcárraga, hombres de buena fé; y tocaríamos ya las ventajas.

Si dentro del sistema de resistencias, adoptado, que *El País* no combate, al secundar á Romero Robledo pidiendo el relevo de Martínez Campos, hubieran conseguido enviar, desde un principio, á otro General en Jefe, tenga en cuen-

ta *El País*, y cuantos con él coinciden, que no se hubieran evitado, entonces, mayores males, que solamente Martínez Campos ha podido contener por su buena fé, por su bondad y por su historia, que ha malogrado por no respetar á sus amigos, los liberales de Cuba, y no llevar reformas.

Y el Sr. Delorme que, al atacar á Martínez Campos, y pedir su relevo, incurre en los mismos errores; y que conviene hasta en la necesidad de dar á aquella Antilla la Autonomía más amplia, según lo consigna en su reciente folleto; dice, en *El país* del día 18 del actual, que no se implante aquella «sino después de haber castigado duramente á los insurrectos con algunas buenas batallas». Corriendo, tal proceder, parejas con sus himnos á la *Federación Ibero-Americana*, en dicho folleto, para abogar, á renglón siguiente, porque España haga alianza con Inglaterra, en el actual conflicto de límites, á fin de castigar a nuestros familiares los Venezolanos: á la manera que pudieron haber entonado cánticos, al mismo ideal, nuestros amadísimos reyes Carlos IV y Fernando VII, permitiendo, á la vez, á Napoleón el paso de sus ejércitos por España, para que los franceses destruyeran ó subyugasen á nuestros hermanos de Portugal, demostrando así su *cariño* hácia la Raza Ibera, y haciendo *méritos tales* para la *no lejana* unión entre las naciones que han ido formando de ella, desaciertos y tiranías, contra las cuales protestamos, muchos, hasta hoy en vano.

Ante todo, la destrucción y el apasionamiento. Ese es el sistema que se halaga aquí.

Y el Sr. Delorme, le lleva hasta imprecicar á

Martinez Campos, porque no incendia los montes y maniguales de Cuba, siempre verdes y altaneros, como sus palmas y como su juventud.

Lo general, pues, en la propaganda de periódicos y folletos, de Madrid á provincias, viene siendo, solo, la predicación de la guerra.

Y de quitar á la guerra elementos, implantando inmediatamente reformas y sistemas que hubieran evitado: el descontento en el país; las persecuciones por un partido odioso; y el hambre, tan mala consejera en estos periodos; pocos se ocupan. O por lo menos, lo que más se lee, es todo aquello que fomentan, aquí, las odiosidades y las desconfianzas contra Cuba; y todo aquello que tiende á convencer á los cubanos, á los autonomistas y á los reformistas, de que no esperen nada de la Península, por ahora, á no ser el desdén para sus cuitas y aspiraciones, y la injuria para el patriotismo con que vienen defendiendo la causa de la integridad. Y de que si dán algo á Cuba, no será porque ellos lo vienen pidiendo hace diez y siete años, ni porque aquel pueblo haya elevado miles de exposiciones y de quejas á los poderes públicos, solicitando medidas que salvaran su decadencia, y evitasen la revolución; de las cuales no se ocupan esos publicistas: pues si dan algo, será después de concluida la guerra; y pactando con las aspiraciones de los revolucionarios, no con ellos, si se termina como la otra vez. ¡Que así vió castigados sus generosos esfuerzos la evolución liberal, perseguida siempre como *laborante* por los monopolios; enseñando, á los pueblos que si quieren libertades las tienen que pelear!

¿A dónde se vá por tales caminos, en la Península, amigo Vargas?

¿A dónde hemos ido ya?

¿A dónde se conduce la opinión pública, entre la cual, así excitada, no faltan quienes, queriendo ir más allá de Cuba, aspiren, como cosa fácil, á invadir los Estados Unidos, sin conocer sus progresos, ni la decadencia á que ha venido á parar nuestra Pátria, de Felipe II acá, (desmembrándose nuestras regiones, en tanto las de aquellos, con otras nuestras, se unen en apretado haz); y sin fijarse en la prudencia con que el Sr. Cánovas les paga reclamaciones como la de los Moras?

Insistir en tales extravíos, sería proporcionar á España desastres mayores, si por tal se entiende el hallarse Cuba, ya, como perdida, en el orden material, al estar convertida en un montón de ruinas y de escombros, de donde el hambre y el anarquismo habrá de seguir expulsando número crecido de los habitantes con que aún cuenta, sin fijarnos en los que lleven su contingente á la revolución, viéndola reinante en todos los campos de la Isla, y apoyada en el exterior.

El patriotismo debe guiarse por la razón y por la justicia, para no excitar gratuitamente las pasiones y las odiosidades entre provincias de la nación, y entre hijos de la misma Pátria; para no retardar la paz; y hacer posible la unión más sólida y duradera entre España y Cuba: siendo de sentir que por el sistema contrario se hayan matado las aspiraciones y los organismos de la evolución; y que no queden en Cuba para dirimir la contienda, más que los que manda Martínez

Campos de un lado, y los que se agrupan alrededor de Máximo Gómez del otro; por que al paso que vamos apenas podrán contarse como organizados los liberales que residen en la Habana, y para eso expulsados hasta de los censos electorales.

Al adjuntarle mi folleto *Qué pasa en Cuba*, me tomo la libertad de llamar su atención, también, sobre las consideraciones que dejo apuntadas, hijas de cuanto he observado en el poco tiempo que llevo en la Península: pues de gran circulación y prestigio *El Liberal*, seguirá llevando á Cuba alguna esperanza combatiendo tantos errores é injurias; y hará á la Pátria un gran servicio, oponiendo los juicios serenos de la razón á los extravíos del apasionamiento, que vienen negando á aquella Antilla imparcialidad y reformas que la hubieran salvado de la actual lucha; y que hubieran evitado la declaración oficial de la disolución de los Partidos liberales de la misma, que no á otra solución se les empuja; haciendo más sensibles los desastres que se palpan, ya, por los menos previsores en las deducciones que señalan de una manera clarísima las Leyes de la Historia y las Reglas más rudimentarias de la Dialéctica.

Y ojalá cambien de rumbo prensa y Gobierno.

El Sr. Director de *El Liberal*, á quien hago extensiva la presente carta, y V., me dispensarán las molestias que les proporciono con este asunto. Y, agradeciéndoles sus atenciones, me repito á la disposición de ustedes, affmo. y S. S.

LEANDRO G. ALCORTA.

APÉNDICE I.

FALTA DE SINCERIDAD

De los Conservadores de Cuba ante el

Pastel Abarzuza

Sobre la *lealtad y buena fé*, con que intervino, el Partido Unión Constitucional, en el convenio que llamaron *Romero-Abarzuza*, al reconocer, todos los partidos, la necesidad de enviar reformas á Cuba; y respecto á la *unanimidad* que existió y existe en los prohombres de aquella agrupación, sobre la urgencia para implantar *cuanto antes* las referidas reformas, aprobadas desde Febrero; ofrecemos, á nuestros lectores, las manifestaciones que hicieron, el pasado mes de Noviembre, á D. Tesifonte Gallego correspondiente del *Heraldo de Madrid*, los personajes principales de dicho partido, el Marqués de Apezteguia, el de Pinar del Río, y el Alcalde de la Habana: advirtiéndole que para los *llavistas* y los

en mangas de camisa, es decir, para los peninsulares intransigentes que gritan y mandan en dicho partido, su verdadero Jefe lo es el Marqués de Pinar del Rio, asturiano; y no el criollo Marqués de Apezteguia, de quien se separan en los momentos de *peligro*, como lo vamos á ver ahora.

Dijo Apezteguia, á D. Tesifonte Gallego, como *Presidente* del Partido Unión Constitucional: «*Nuestro* partido concurrió con entera lealtad, buena fé y decisión al *concierto* parlamentario que se tradujo como avenencia en la fórmula Abarzuza, *y estamos dispuestos á que se aplique con todo el espíritu expansivo que presidió en su aprobación.*»

«Tengo el convencimiento de que *ninguno*» (¿?) «de mis amigos políticos *opondrá reparos á la inmediata aplicación del articulado*, que habrá de formarse sobre la Ley de bases.»

Apezteguia, hablaba en nombre de los conservadores que no explotan á Cuba, ni buscan su ruina, aunque resistan de momento todo avance; en nombre de los constitucionales agricultores. Pero los conservadores de bodega y de contratas, enseñados á que el *sistema antiguo* les diera hasta Diputados para defender sus *tabacos* y no *la rama* de los electores, no pensaban así.

El Marqués *de Pinar del Rio*, Vice-Presidente del mismo partido, contradijo al *Jefe*, exponiendo al corresponsal del *Heraldo de Madrid*, que «*Solo procede una acción militar y política muy enérgica, severa y firme* hasta alcanzar el com-

pleto triunfo de nuestras armas». *Indirecta* á Campos para que *eche la llave* y no vuelva hablar de reformas.

«*Y más tarde*, (agrega) cuando nadie dude ni pueda dudar de *nuestro poder*, confirmado *nuestro* derecho *plantar sinceramente* las reformas votadas por las Cortes; *aunque* personalmente, por lo que á mi se refiere, *no fio grandes esperanzas* en la *eficacia y virtud* de esas reformas políticas».

Por esta opinión, y no por la de Apezteguia, se viene guiando el Sr. Cánovas; porque está dejando la implantación de aquellas reformas, para *más tarde*.

Y el Alcalde actual de la Habana, conservador como el Marqués de las contratas, Diputados, y suscripciones que han *salvado* á los *vegueros* de Pinar del Rio, haciéndoles *idolatrar* las ventajas de los estancos, piensa como el referido Vice-Presidente, y dijo al Sr. Tesifonte Gallego que «Las reformas *se plantearán en el instante oportuno*, y es de esperarse que sean garantías de paz futura, siempre que el Gobierno las sostenga con firmeza y *esté decidido* á mantener, al mismo tiempo, los principios esenciales á la *integridad* del territorio nacional.»

Estos *españoles incondicionales*, hablan siempre de la *integridad*, entendiendo que consiste en que el Gobierno siga garantizando *su soberanía* sobre las demás *clases* de aquel país.

Las opiniones expuestas prueban la *sinceridad* con que concurrieron los conservadores á la transacción de las *Reformas de Abarzuza*.

De este modo han pagado el sacrificio de Cuba y de los Partidos Autonomista y Reformista, al tolerar su oposición, y transigir con Abarzuza, renunciando, temporalmente, á las de Maura; y burlanse, á la vez, de los partidos peninsulares que concurrieron á la transacción, animados de la mejor buena fé, sin creer lograrán que no se implantasen dichas reformas.

El Gobierno, aceptando la opinión del Marqués de Pinar del Rio, ni ha hecho caso de la de Apezteguia, ni de la de los Autonomistas y Reformistas, que pedían las reformas como medio para contener la guerra. Y el mismo Martínez Campos, ofreciendo su implantación, desde que llegó á aquella Isla, y preguntando, todos los días, por su articulado, ha aparecido engañando al país, puesto que nunca se implataban, visto que los conservadores lo han deseado así, por no creer en *su virtud* ni en *su eficacia*, según decía el Marqués de Pinar del Rio.

Cuba, que conocía ya la *sinceridad* de los amigos de Romero Robledo, los cuales, censurando á Martínez Campos, pedían un Weyler ó un Polavieja, para poderse saciar sin límites, en los adversarios, echando, otra vez, la policía hasta sobre los Jefes, como el perseguido Rabell, no se ha extrañado nada del fracaso que han sufrido cuantos esperaban las reformas de Abarzuza, ni de los *triumfos* obtenidos por los fatales intransigentes, dejándose la implantación de aquellas para «después de una acción militar muy enérgica, severa y firme», que Martínez Campos no ejecuta hoy á gusto de los de *la llave*.

APÉNDICE II

MARTÍNEZ CAMPOS REFORMISTA EN 1878

Su carta á Cánovas

Transcribimos, con sumo gusto de una carta, que dirigió Martínez Campos al Sr. Cánovas en 1878, á raíz del Pacto del Zanjón, los párrafos siguientes:

«Las promesas nunca cumplidas, los abusos de todo género, el no haber dedicado nada al ramo de fomento, la exclusión de los naturales de todo los ramos de la Administración, y otra porción de faltas, dieron origen á la insurrección; el creer los Gobiernos que aquí no había más medio que el terror, y ser cuestión de dignidad no plantear las reformas hasta que no sonase un tiro, la han continuado; por ese camino nunca hubiéramos concluído aunque se cuaje la isla de soldados; es necesario sino queremos arruinar á España, entrar francamente en el terreno de las libertades; yo creo que si Cuba es poco para independiente, es más que lo bastante para provincia española, y que no venga esa serie de empleados todos de la Península, que se dé participación á los hijos del país, que los destinos sean estables, etc., etc. Yo soy menos liberal que usted y deploro ciertas libertades; pero la época exige, la fuerza no contituye nada es-

table, la razón y la justicia se abren paso tarde ó temprano, etc.»

Ellos revelan la nobleza con que, en su particular, pensaba el héroe de Peralejo.

Pero los Arderius, Calvo Muñoz, Suárez Valdés, San Pedro, Porset, Carvajal y demás conservadores de que se veía rodeado en los momentos que abandonaba el *Villaverde* y el teatro de la guerra, parece que pensaban más bien con Romero Robledo y con los demás, contrarios á todo lo que fuera reformista.

Ojalá que el Pacificador, se hubiera guiado por los reformistas y autononomistas, sus verdaderos amigos.

El Gobierno hubiera sufrido su imposición. Pero ni él estaría rodeado de tantos enemigos; ni hubiera visto fomentarse la insurrección; ni España y Cuba le tributarían, hoy, sino vítores y aplausos: pues no la vida del campamento y la entrega del Gobierno á los conservadores, sino la implantación de las reformas, es lo que nos hubiera salvado, como acaba de exponer también *Lopez Dominguez* á Mr. Enry Charriaut, en los siguientes párrafos de su *interview*:

«..... llegado últimamente al poder el partido liberal, comprendió toda la gravedad y transcendencia del problema cubano, y con denodado empeño acometió la empresa de someter a las Cortes un proyecto de reformas capaces de evitar lo que desgraciadamente ha sucedido.

Dichas reformas, llamadas a dar golpe mortal á los que alientan la insurrección, fueron combatidas con algún apasionamiento, no pudiendo al

fin aprobarse con el concurso de todos los partidos gubernamentales y con el de los representantes de la gran Antilla, sino después de no pequeñas transacciones. Pero incompletas, como vinieron á ser tales reformas, y aún ya iniciado lo que era sin duda el postrer esfuerzo del separatismo, que veía avecinarse su muerte, es muy probable que si llegan á implantarse algún tiempo antes del inesperado cambio político producido por la caída del gabinete Sagasta, el movimiento se hubiera sofocado más fácilmente.»

APÉNDICE III

MANIFESTACIÓN DE LA HABANA

CÁNOVAS CONSIDERA YA IGUALMENTE ESPAÑOLES A LOS TRES PARTIDOS POLÍTICOS DE CUBA

Este hombre público de nuestra Pátria, á quien Cuba no miraba con buenos ojos, cuando le oía decir—al discutirse las reformas de Maura—que no podía tratarse lo mismo á los *vencidos* (autonomistas), que á los *vencedores* (los de Unión Constitucional); teoría también del señor Avecilla y de otros escritores y estadistas peninsulares, que no respetan el haberse convenido en el Zanjón el olvido de lo pasado y que, en honor, además, á constituir una sola familia, no se hablara de vencidos ni vencedores; ni tienen en cuenta que, para ello, se forman en Cuba los par-

tidos insulares con personal de todas las procedencias; y á cuyo hombre público agradeció, aquella Isia, su concurso al cooperar á la transacción de la fórmula Abarzuza, imponiéndose á Romero Robledo, Rodríguez San Pedro y demás conservadores para que depusieran su intransigente oposición, y la aceptasen, á fin de que se implantaran, *pronto*, las reformas de aquel convenio salvador, que, no obstante, hace once meses se está dejando de cumplir: acaba de sintetizar, de la misma manera, en un gran pensamiento (que es una lástima que no se haya llevado á la practica, tampoco, durante su Gobierno) la conducta que debe observarse *en lo sucesivo* con los tres partidos de dicha Antilla, en lo concerniente á su manoseado españolismo.

Pues el día veinte y ocho de Diciembre, según toda la prensa del veinte y nueve, al dar cuenta en el Consejo de Ministros de la manifestación de simpatía que hicieron el 27 en la Habana, á Martínez Campos, constitucionales, autonomistas y reformistas unidos, á pesar de tenerse anulados dispersos y sin fé á los dcs últimos, el señor Cánovas, dijo: que «*Todo lo que fuese borrar diferencias era bueno*»; y que «*Esa unión hacía mucha falta, porque el devorarse unos y otros por quién era más español ó por motivos pequeños, es perjudicialísimo para los intereses de la Pátria*», con lo cual estuvieron conformes todos los Sres. Ministros.

¡Lástima que esos pensamientos, y las reformas *convenidas y ofrecidas* al país desde Febrero, no se hayan llevado á la práctica de los hechos;

mayormente cuando se trataba de un pueblo como el de Cuba: cansado de pedir; y donde el que toca la miseria, hace tiempo, no cree ya sino en obras, y no en *amores!*

La manifestación de la Habana ante el hecho de extenderse hácia sus puertas la insurrección, viendo avanzar á Máximo Gómez y Maceo; y ante el hecho de la salida del Poder, de Romero Robledo, censurando las gestiones de Martínez Campos, y provocando su relevo: ¿sirvió al señor Cánovas, de motivo para comprender que la unión de aquellas agrupaciones hacía mucha falta; porque el devorarse unas á otras era perjudicialísimo para los intereses de la Pátria?

Si ahora se palpan esos perjuicios, y se lamenta la falta de unión entre los partidos de Cuba: ¿á quién se debe?

¿No es el Gobierno del Sr. Cánovas, el que atendiendo á los conservadores más intransigentes, como Carvajal, Romero Robledo y San Pedro, ha dejado de implantar en Cuba las reformas que solicitaban autonomistas y reformistas con todo el país; desautorizando con no implantarlas á los autonomistas y reformistas, que habían sacrificado sus aspiraciones hasta pasar por lo que ya se llama en dicha Isla no el convenio, sino la *Burla Romero-Abarzuza*, al ver que envano ha *cacareado* su inmediata implantación, también, desde que llegó allí, el mismo Martínez Campos?

¿No es el Gobierno del Sr. Cánovas el que rodeó, á dicho General en Jefe, de funcionarios como Suárez Valdés, Calvo Muñoz, Rodríguez

San Pedro, Porset, y otros, enemigos de los autonomistas y reformistas; y el que entregó á los conservadores de Cuba gobiernos, alcaldías y otros puestos, expulsando, contra el procedimiento de la Ley Municipal y Provincial de Cuba, las mayorías liberales de los Ayuntamientos y Diputaciones, cuando el Partido Unión Constitucional delataba como desafectos á España á todos los que habían simpatizado con Maura y Calleja, y buscaba el apoyo del Poder pidiendo Generales sanguinarios para el total exterminio de sus adversarios no satisfecho con burlarse del país abusando en sus puestos y haciendo alardes demagógicos de que no se implantarían jamás las reformas?

«Devorarse unos y otros por quién era más español.»

Eso lo debía de decir, el Sr. Cánovas, solamente por el Partido Unión Constitucional, que hasta se dá el título absorbente de *Partido Español*, teniendo á los otros partidos de Cuba por no españoles; siendo él el que con el *cristo* del españolismo no tan solo se ha opuesto á toda reforma, sino que ha tratado de devorar y casi ha devorado á los demás partidos persiguiendo á sus afiliados, para serle más fácil seguir explotando *solito* al país, que es todo su patriotismo. De esa manera, y ayudado por el Poder, es como desesperó á los autonomistas; es como acabó con el movimiento izquierdista y económico, en los cuales se perseguían por anti-españoles á sus Jefes y á sus elementos; y es como ha dispersado á los autonomistas y reformistas en estos meses,

llevando á la desesperación al país, y matando en él toda fé y toda esperanza respecto á que allí se realicen jamás las aspiraciones que pacíficamente solicitaban por conducto de dichos partidos, siempre acusados como desafectos á la Nación por esa partida de mercaderes, á quienes, sin haber peleado en la otra guerra, sino con el *tanto por ciento*, se les considera como la *casta heróica*, vencedora en el convenio del Zanjón, donde no hubo ni vencedores ni vencidos al celebrarse un pacto para admitir la legalidad que se ofreció.

Si el Sr. Cánovas no constituye en autoridades á los conservadores de Cuba, privando así de garantía á los demás partidos; y deja reducido al mismo, como á los demás, á la intervención que les correspondiera en los asuntos del país, según sus fuerzas: esos partidarios de Romero Robledo, enseñados á devorarlo todo, validos de su *españolismo incondicional*, especie de *Oración del Justo Juez* de que se acompañan siempre, (y los cuales lo mismo lanzan injurias y se rebelan tratándose de Maura que de Calleja, de Martínez Campos que de Dulce ó de Iturrigaray, sino los sirven de *estampilla*) no hubieran recrudecido sus denuncias, ni llevado la alarma á todas las familias liberales de Cuba, al salir de allí Calleja, ansiosos como estaban de ver el exterminio completo de sus adversarios, anunciándolo sin reparo, y para quienes pedían mayores extremos que los empleados con las partidas de la manigua; por que con sus mayorías habían cometido el *crimen* de derrotarles en las

urnas, así como á su ídolo el Sr. Polavieja, General que había dirigido á los caciques en aquellas batallas en que fueron destrozados autonomistas, izquierdistas y económicos, á quienes desdeñó también el Poder, iniciando agravios.

Por lo expuesto, no ha sido posible la unión de aquellos partidos que los conservadores han llegado á devorar en diferentes épocas, validos de las preferencias de *casta* que conseguían de los Gobiernos, teniéndoles por la agrupación leal y *benemérita*; cuyo elemento sano parece que se llenó de terror ante lo que pudiera empeorar la situación de Cuba el relevo de Martínez Campos, y la disolución de los pocos organismos que conservan con vida los Partidos Autonomista y Reformista, al sustituirse dicho General por Weyler ó Polavieja, como se indicaba al salir del Poder Romero Robledo, pidiendo la prensa ¡de aquí! se entregara *aquello* á los ídolos de los *llavistas*.

Celebramos, no obstante, los pensamientos del Sr. Cánovas; porque si hay algún medio para salvar á Cuba y conservarla dentro de la nacionalidad, no podría ser ese medio el de que una agrupación privilegiada devorase á todas las demás, so pretexto de un españolismo y un amor á la integridad que no admitían en los otros partidos, para manejar solos la *cosa pública*. El único medio de mantener allí nuestra soberanía, es el de tener por españoles á todos los partidos; y el de no ponerles en ridículo ante el país, persiguiéndoles; ó burlándose eternamente de sus pretensiones, tratándoles de separatistas.

¡Borrar diferencias; y considerarse como

miembros de una familia, interviniendo con arreglo á sus fuerzas en los asuntos del país. Olvido de lo pasado!

Eso fué lo convenido desde el Zanjón, donde no hubo ni vencidos ni vencedores.

¡Qué lástima no haberlo cumplido desde el primer día, como dice ahora el Sr. Cánovas, al ver extendida la insurrección por toda la Isla!

¡Qué de perjuicios no se nos hubieran evitado á todos y á la misma Pátria.

El Gobierno fué el más llamado á conseguirlo, siendo justo con todos y no alimentando preferencias.

APÉNDICE IV

Como pensaba Pí y Margall empezada la insurrección

— Y —

SU ARTÍCULO DEL 7 DE ENERO ACTUAL

PROPONIENDO UN NUEVO ZANJON

De un artículo que publicó el Sr. Pí y Margall en *El Quijote*, titulado *Cuba*, á los tres meses de empezada la insurrección, cuyo artículo se reprodujo y leyó en aquella Isla y en las naciones vecinas por todo el mundo, insertamos aquí los siguientes párrafos.

«¿Han de ser calificados allí de bandoleros los que aquí calificamos de héroes... De héroes son

tambien calificados en toda América y aún en el mundo todos los que en el primer tercio del siglo nos arrojaron de México, de Guatemala, de Colombia, del Ecuador, del Perú y de Chile. Seamos justos con los que hoy nos combaten en Cuba.

Debíamos de haberles concedido hace tiempo la autonomía á que tienen indisputable derecho; debimos de haberlos dejado unidos á la Península, solo por el vínculo de los comunes intereses nacionales y los internacionales.

Habríamos evitado con ésto, nó sólo la presente querrela, sino también la de 1868.

¡Qué de sangre y tesoros habríamos ahorrado con esta conducta!

Nos lo aconsejaban la razón, el derecho, el propio interés, la consideración del vasto imperio colonial que habíamos perdido.

Desgraciadamente para los pueblos, aún mas que para los individuos, tiene irresistible fuerza el hábito. Nada pudo movernos al abandono de nuestra antigua política tan desautorizada por propios y agenos desastres.

Si hay ahora una guerra en Cuba, nuestra, y sólo nuestra es la culpa.

Estamos en el imperioso deber de reparar el yerro y de cortarlo.

La guerra en 1868 duró diez años y no pudimos terminarla, sinó por un convenio. Dimos entonces á los cubanos los derechos y las libertades que ya gozaba Puerto Rico.

El convenio por el que habríamos de terminar la guerra presente, si no puede Cuba más que nos-

otros, hagámosle ahora, que somos aún los más fuertes, y no podría achacarse nuestra generosidad de flaqueza.

Les dimos hace diez y siete años la libertad; démosles ahora... la autonomía, hagámosles dueños y árbitros de sus destinos..

Dejémosles que se rijan por sí mismo en todo lo que á su vida interior corresponda, en lo político, en lo administrativo y en lo económico.

Y para que nuestra generosidad sea más agradecida, ayudémosles á pasar de la eteronomanía á la autonomía, sin disturbios, sin estrépitos y sin sangre.

Se invoca contra esta conducta el sentimiento de la pátria.

Sobre el sentimiento de la pátria está el de la humanidad y sobre todos el de la justicia.

Cuba es el sepulcro de nuestra juventud en esas deplorables guerras. Perecen allí por miles nuestros soldados, víctimas unos del clima, otros del plomo y del hierro de los enemigos.

Los más van allí por la fuerza, y se han de batir por una causa que no les es simpática. Es hasta inhumano no procurar los medios de economizar la sangre de esos hombres.

Irrita leer uno y otro día que es preciso mandar á Cuba regimientos sobre regimientos, á fin de acabar con los rebeldes y dejar allí bien implantada y establecida la soberanía de la Nación. Para que no pudieran calificar de falso su patriotismo, deberían los que tal dicen ir con sus hijos á la vanguardia del ejército. Es cómodo quedarse en casa y mandar á los demás al matadero, lo es

sobre todo no conocer la guerra sino por los relatos que se leen en invierno al amor de la lumbre, y en verano á la sombra de las alamedas.

¡La soberanía de la Nación! ¿Es que la Nación para ser soberana ha de absorber la vida de los grupos que la componen!

¿Es que su soberanía lleva forzosamente consigo la servidumbre de las colonias? A los intereses nacionales viene limitada su soberanía? A la vida de la relación con colonias ha de circunscribirse.

Se invoca también para proseguir la guerra el orgullo nacional y el decoro de la Pátria; como si hubiese para una nación mengua en dar lo que de justicia se debe, como si no pudiera de padecer más la honra continuando la guerra y saliendo vencidos.

¿Fué para nosotros poca afrenta haber de ratificár en México por la paz de Córdova el plan de Iguala y firmar en el Perú la vergonzosa capitulación de Ayacucho?

La guerra agravará nuestra ya desesperada situación económica. No hace sino tres meses que empezó y nos cuesta ya siete millones de duros; en los presupuestos escritos antes de la guerra se reconoció ya un déficit de seis millones de pesetas; todos sabéis como esos déficits crecen en la liquidación de cuentas. ¡Calculad que déficit no será el nuestro al acabar el nuevo año económico si la guerra continúa.»

Y consultado el Sr. Pi y Margall como otros políticos, por *El Liberal*, el día 7 de Enero corriente publica, dicho periódico, su conferen-

cia, de la cual reproducimos los siguientes párrafos:

«Las circunstancias son gravísimas. Lo he dicho en un artículo que ha dado vuelta á toda América. Se puede luchar contra un ejército, no se puede pelear contra un pueblo. Cuando las naciones confían su salvación á los ejércitos, están perdidas; cuando la confían á los pueblos, su causa está ganada. Mientras Napoleón luchó contra los ejércitos coligados de Europa, ganó batallas y ganó reinos; pero quiso conquistar á España, quiso conquistar á Rusia, y en una y en otra nación halló el ocaso de su estrella. En España encontró el alzamiento de un pueblo; en Rusia la sublevación de un territorio y de un clima, y allí hallaron sepultura sus gloriosos veteranos, vencedores en las Pirámides, vencedores en Austerlitz.

«Lo he dicho y tengo la seguridad de que si el General Martínez Campos lo ha leído, lo habrá aprobado. SOLO POR UN CONVENIO SE PUEDE ACABAR LA GUERRA DE CUBA. ¿Nó habría valido más estipular un convenio en los comienzos de la guerra, que hacerla para concluir con un convenio, cuando ya sea imposible rescatar las pérdidas en hombres y en dinero?»

«El general Espartero era un valiente, era un patriota y era un liberal. Hizo el convenio de Vergara, única manera de acabar con la guerra civil. España satisfecha no premió ni agradeció sus batallas. En cambio, premió y agradeció el término de la guerra por el famoso «abrazo», otorgándole el título de Príncipe de la Paz».

«Lo mismo se puede decir de todas las guerras civiles de todos los tiempos. Ante una de ellas estamos, y no por encontrarse lejos del campo de la acción interesa menos á España. Por ese interés supremo, UTILIZANDO LA SOLUCION DE UNA AUTONOMÍA VERDADERA PARA la Isla de Cuba, TAL VEZ PODRÍA LLEGARSE Á LA PAZ.»

Aconseja un nuevo Zanjón; pero pronto.

La gravedad á que han llegado, ya, las cosas en Cuba: desacreditados ante el país los partidos liberales y perdida la fé en los Gobiernos de acá, por no enviárseles ni el *convenio Abarzuza*; devorados dichos partidos por los conservadores, que les han perseguido y dispersado en provincias; y extendida la insurrección en toda la Isla, así como la miseria que lleva la anarquía á todas partes, amenazando seguir distrayendo un Ejército de más de 200.000 hombres, porque, sembrada por aquella Antilla la desolación y el hambre en los poblados, tornarán á hacerse firmes en las escabrosidades de los montes: hacen creer, al señor Pi, que para conseguir, en definitiva, las *Reformas de Maura*, ó la *Autonomía de Montoro*, no se está sublevando aquel pueblo, auxiliado por toda la América.

Y como Cuba, está convencida de que, por los Autonomistas y Reformista, no la habrán de dar aquí jamás: ni la Autonomía, como lo juraba *León y Castillo*, en una de las sesiones del Congreso, con todos sus pulmones; ni las Reformas de Maura, como lo juraban, en otras, los demócratas Becerra y Canalejas, teniendo, siempre, unos y otros á su lado, para lograrlo, á los con-

servadores, á los carlistas, y á algunos republicanos: estima que los que han talado toda la Isla en estos diez meses, á pesar del numeroso Ejército referido, no habrían de contentarse sino con una autonomía ó reformas más ámplias que las citadas.

Una Autonomía capaz de permitirles la libertad más absoluta en lo administrativo y en lo mercantil: para elegir y separar sus empleados hasta cierta categoría; para legislar en lo relativo á fomento; para celebrar, por sí, tratados de comercio, y formar aranceles, que les consintieran, en favor de sus frutos, de la baratez en el consumo de los artículos de primera necesidad, y de sus ingresos, mercados y ventajas que se les vienen negando, por mantener aquí los intereses de Empresas y de estancos que el Gobierno crée convenientes á la marcha de la nación.

Autonomía, ante la cual tal vez depondrían las armas, renunciando á esa *Independencia* que es la principal aspiración de algunos cabecillas, y de cuantos piensan, en América, como los discípulos de Monroe, ayudando los planes de la insurrección para que se reparta la Isla entre los que luchan, aspirando á no pagar á España, (fijándose en lo extraído de allí por defraudadores y caciques) ni un céntimo de los costos de la pasada y presente guerra; teniéndola en tanto en constante lucha, hasta arruinarla, como el actor que, hallándose en insolvencia, sostiene incidentes mil al litigante rico hasta que le deja en paz, empleando aquel gratificación crecida; ó

hasta que le arruina y abandona las actuaciones.

Perspectiva, *dominicana*, que presenta salvada, el Sr. Pí, aconsejando que se termine la guerra por un convenio cuanto antes, con lo cual estamos conformes á estas alturas, dadas las innegables proporciones que han permitido tomar á la revolución; y ya que aquellos innumerables campesinos, que carecían hasta de sal para condimentar sus *boniatos*, suerte que arrastran en Cuba profesionales, propietarios y comerciantes, por no haberse discutido y enviado medidas salvadoras cuando todos las solicitábamos, con urgencia, desde allí, no cuentan con la organización completa de los partidos liberales que los defendían, ni con otras esperanzas que las que les ofrece la revolución, á donde les han llevado las decepciones y la miseria.

No esperando diez años, como la otra vez, contaríamos, todos, con menor número de muertos ó inválidos, en cada familia; con menor cantidad de derechos pasivos y de intereses de la deuda, en los Presupuestos venideros; y con menor ruina, en general: se dedicarían de nuevo á la producción los hombres, las industrias, y propiedades consumidas hoy por la guerra; y se contendría el malestar económico que fomentará la continuación de la lucha, así como la emigración que tanto desangra los sufridos pueblos de nuestra Pátria, donde se hacen tan difícil librar la subsistencia, y crecen con caracteres pavorosos las ansias del socialismo, descreído el pueblo en los organismos políticos.

APÉNDICE V

Cómo han pisoteado el patriotismo de los autonomistas.

Y ¿por qué buscan los rebeldes una nacionalidad?

Para que en esta propaganda, en que me propongo señalar los errores de la política gubernamental, con relación á nuestras provincias de América, se fijen una vez más, nuestros lectores, en el grado de desesperación á que se ha llevado á los autonomistas, dudando, con rarísimos interregnos como el de Maura, de su patriotismo, y tratándoles como antiespañoles y *raza vencida*; arma que han esgrimido apoyados en el Partido Unión Constitucional, contra los demás movimientos que surgieron en Cuba, aunque los iniciásemos peninsulares que queríamos salvar de tantas torpezas la suerte de la integridad de la Pátria, y el porvenir de constante protesta armada, que preparaban á nuestros hijos por aquel camino; reproducimos á continuación, para muestra, el siguiente recorte del *Diario de la Marina*, publicado en la Habana á los comienzos de la propaganda reformista, aludiendo á un General que figura en la actual campaña y cuyos actos, desempeñando puestos en dicha Isla, así como los actos de los caciques que con él estaban y están de acuerdo, levantaron allí y siguen levantando siempre, incluso en su nuevo

viaje, la protesta general á que se hace acreedora la forma en que tratan constantemente á los autonomistas, según se desprende del contenido de las siguientes líneas:

«Dice La Unión Constitucional, que un personaje reformista dirigió una carta «á un bizarro general que representa dignamente á Matanzas en las Cortes» (verde y con asa (?) alcarraza), y que en aquella carta después de hablar del sentimiento que al firmante produce ver al diputado de referencia entre los intransigentes que se oponen al planteamiento de las reformas administrativas, se le decía:

«Tenga V. presente que sus mejores amigos de este país y la mayor parte de los que sostuvieron su candidatura no piensan como V. piensa en política antillana».

A lo cual, según el periódico referido contestó el bizarro General:

«Si realmente me persuadiera de que mis electores diferían de mi modo de ver las cosas y conveniencia para ese país, no retardaría ni un sólo minuto el realizar el acto digno de presentar mi renuncia de diputado en el Parlamento, para devolver la representación con que se me honró, pero mis noticias no concuerdan con las de usted; al contrario, mis electores de Matanzas creen atentatorio contra la integridad nacional cuanto proyecta M... y ustedes aplauden; pero aquello que yo haría, realizando un acto de estricta dignidad, *bien pudieran hacerlo aquellos que debiendo su representación al partido de Unión Constitucional, la utilizan para combatir*

sus doctrinas, y no tienen reparo alguno en CONFUNDIRSE CON LOS AUTONOMISTAS para combatir á los ESPAÑOLES, que, ó han peleado en la manigua contra esos *autonomistas* que en un tiempo se llamaban *separatistas*, ó han prestado servicios de otro género á la Madre Patria, cuando á los *patrioters de ahora*, encumbrados, gracias á Gamazo, Maura y compañeros, no se les veía ni conocía por parte alguna.»

El Gobierno, apoyando ciegamente á los constitucionales y funcionarios que así consideraban siempre á los autonomistas, negándoles su condición de españoles; llevó á dicho partido y al país que se miraba en él, mayores desalientos que los causados en el mismo, cuando un *León y Castillo* decía, en las Cortes, que la Autonomía no se les concedería ¡jamás!; y que los desalientos que habrán producido en Cuba, *en estas circunstancias*, el ¡jamás! que acaba de pronunciar el Sr. Cánovas, sobre el mismo asunto, al celebrar con él un *interview* Mr. Henry Charriaut, redactor de la *Nouvelle Revue Internationale*, de cuya publicación, transcribimos el siguiente párrafo del actual Presidente del Consejo de Ministros:

«*Si precisos fueran, el Gobierno hará nuevos empréstitos, enviará nuevos refuerzos; pero en ningún caso aceptará la transacción con los rebeldes: más aún, JAMÁS CONCEDERÉ LA AUTONOMÍA A CUBA, tal cual me la ha propuesto el Sr. Labra, en nombre del partido.*»

Y el mismo ¡jamás! escuchan para las Reformas, los que no han visto la *implantación* del

solemne convenio *Romero-Abarzuza*; y no esperan otra suerte que la que le plazca á la reacción, compañera inseparable de la revolución: única que consiguió algo para Cuba, hasta hoy.

A propósito de este apéndice, recordamos que muchos cubanos, como el Sr. Sanguily (D. Manuel), y el Sr. García Cañizares, que no se afiliaron á ningún partido político de aquella Isla, ni aun cuando apareció con Maura el Ministerio de Notables que á tantos sacaron de dicho excepcionalismo, que hubiera desaparecido si realiza su programa con él el Sr. Sagasta, y cuyos cubanos ni querían aceptar diputaciones por no oír en el Congreso los jamás aludidos, decían viendo la pasión de los Gobiernos en favor del Partido Conservador:

«¿Para qué vamos á afiliarnos á ningún partido, no haciéndolo al conservador, que es el único á quien se le permite aquí la vida real, legal y tangible de la política; pero que no podemos estar de acuerdo con sus ideales de *casta* ni con sus procedimientos?»

«En esa virtud y ante semejante realidad que nos abrumba, es soberanamente ridículo, afiliarnos al Partido Autonomista; porque no nos concederán la autonomía «jamás», ni tendremos otra existencia que la del sospechoso, á quien se le injuria y persigue, á diario, en la casa y por el elemento oficial, negándole hasta su condición fisiológica de español, y aún las legales que como tal se reconocen, resultando una burla, en los artículos 1.º y 89 de la Constitución de esta

nación, cuyos directores no nos consideran, políticamente, como hijos de la misma Pátria: dejándonos así sin la de nuestra región; porque aquí no nos permiten intervenir en nada, manden Valdosera ó Romero, ó manden León y Castillo y Becerra.»

«Si surge otro partido, y nos afiliamos á él, como lo han hecho peninsulares y cubanos, descontentos de los monopolios del Partido Conservador, en quien ha vinculado el españolismo el Gobierno Supremo, sufrimos la misma suerte que aquellos: la de no realizar ideal alguno, y la de vernos perseguidos y atropellados, como insurrectos, por su oposición; ya nos llamásemos *izquierdistas, ya económicos, ya reformistas*, en cuyos movimientos han perseguido por separatistas ó anexionistas á peninsulares como Rabell.»

«Siempre nos tratarían como *antiespañoles*, á toda colectividad no conservadora.» «Si somos cubanos más.»

«Gobernantes y caciques, *aves de paso* que solo vienen á picar *el dorado grano de nuestros trigos*, y monopolistas, así lo quieren: mantenernos en perpétua y vil esclavitud.»

«Contemplaremos con dolor la ruina á que conducen á España y á nuestro país, sin un programa fijo en ninguno de los mudables ministerios que nos manejan; y esperaremos hasta que se junte el Cielo con la Tierra sino ponen coto á semejante conducta, porque el malestar económico resolverá, al fin, esto, de un modo radical, cuando el país se canse; que ya no puede esperar muchos años más, porque el hambre toca en todas

las puertas al prolongarse las exacciones de los trashumantes, y tener sin aranceles ni mercados á nuestros productores de azúcar y tabaco.»

Por desgracia, por ese camino, que empezó á rectificarse con el aplauso y entusiasmo de la sociedad toda de Cuba cuando Maura ocupó el Ministerio de Ultramar, pero que se reanudó con los Becerras y Romeros en el Poder, no tan solo llegó á Cuba la ruina general, sino su actual insurrección y su espantosa miseria.

Y en ella han tomado la mayor parte, desde el *Cauto* al *Cuyaguaje*, de Oriente á Vuelta Abajo, aquellos que, habiendo perdido toda esperanza en los frustrados éxitos de la evolución, al ver acosados á los elementos no constitucionales, permanecían sin afiliarse á ningún partido, y alientan hoy como único remedio el de la revolución en las masas hambrientas y descreídas, á quienes exaltan recordándoles los abusos del caciquismo y las detenciones de la administración, que por desgracia no tuvieron límites en la bacanal que venían celebrando sobre aquel sufrido pueblo, los que no cuentan aquí con las ricas flotas que se convoyaban, otros días, de Méjico y del Perú.

Esos indiferentes que no se atraieron á la legalidad, por no atender los clamores y las aspiraciones de los autonomistas, izquierdistas, económicos y reformistas, aniquilados siempre en todas sus campañas por los *conservadores*, son los que están llevando mayores contingentes á la insurrección; y perdida la fé en los Gobiernos que rigen en España, y aún la esperanza de que

se les considere al igual que los demás españoles, luchan, según dicen, por un Gobierno propio que no tan solo les salve en su situación económica para lo futuro, sino que á la vez les proporcione una nacionalidad de la cual carecen y seguirían careciendo, dado el sistema militar y no político con que pretendieron resolver siempre los asuntos de Cuba.

Se les ha negado su españolismo; se les ha escatimado su intervención en los asuntos del país, hasta el extremo de haber, por ejemplo, un solo alcalde autonomista en los veinte y cinco Ayuntamientos de la provincia de Pinar del Rio, y, eso, de los tiempos de Maura, existiendo Ayuntamientos, como el de la Habana, donde no figura un solo concejal de ellos; el *Partido Español* resiste toda enmienda. Y aspiran, por la guerra, en ese sentido, los rebeldes, á una completa y radical modificación: á constituirse en República, ó en un Estado de «La Unión», que no sabemos aún á dónde irán á parar las cosas, enarbolada la bandera de Monroe, que tan á las claras les presta toda clase de auxilios.

¿Nos servirán tales hechos, para rectificar la política que se ha venido manteniendo, y para contener los males presentes, evitando—en lo futuro—los que pudieran surgir por ese camino respecto á las provincias que aún forman parte de nuestra desmembrada nación?

¿O estaremos condenados, por lo que viene aconteciendo en este siglo, á vernos limitados á los primitivos reinos, condados y señoríos, reduciéndose la gran Pátria de todos á su más limi-

tada expresión, contando fuera de la misma, ya, á Portugal y á Gibraltar?

APÉNDICE VI

**Mi separación del Partido Reformista en Octubre.
Y suerte que atravesaban entonces los partidos liberales
de Cuba.**

Al sustituir á Sagasta en el Poder los señores Cánovas, Romero Robledo, Bosch, y otros, *ído-los del Marqués de Cabriñana* y de la *Manifestación de Madrid*; y al decidirse éstos á compartir su Gobierno, en Cuba, con los *San Pedros, Porset, Patricios, Pertierras, Carvajales*, y demás *caciques* y *demagogos* del intransigente y —cuando reemplazó á Calleja, Martínez Campos—hidrófobo Partido Unión Constitucional: tal decisión del Gobierno conservador, nos colocó á reformistas y autonomistas, en el caso de temerlo todo, absolutamente todo, de aquellos, que nos venían acusando de desleales y de traidores á la Pátria, desde mucho antes de estallar la guerra, como lo sabía bien el *Mónstruo* que les complacía en sus ánsias de ser nuestros verdugos en días de revolución.

También nos puso en el caso de perder las esperanzas de reforma alguna, porque dicho partido las detestaba todas; habiendo concurrido al convenio Abarzuza, falto de sinceridad y acusado por la opinión general de las Cortes, donde ya llegaron á repugnar su oposición apasionada,

y sus resistencias *inexplicables*, que tanto contrastaban con la paciencia de Maura, de Amblard y de Montoro.

Y su elevación al Poder, como nunca se lo habían concedido en periodos de paz, ni Cánovas ni Sagasta, no significó, para el país, otra cosa que la señal horripilante de las tremendas decepciones que anunciaban la muerte, segura, de la robusta fé que allí se venía alimentando en la evolución pacífica, desde que el Sr. Maura dió á luz su malogrado Plan de Reformas: estrella fugaz de salvación y de justicia, que apareció sobre quince años de atropellos y de tenebrosidades, apagándose desventurada é instantáneamente por las trombas que levantaron los caciques, monopolios y burócratas para hundir, de nuevo, á la pobre Cuba en esa noche que amenaza separarla de nuestra Nación y aún de nuestra raza; ó para sumirla en incurable postración, haciéndola suplicar al mundo y á sus tiranos, malgastadores de sus tesoros: que no abusen más de su hermosura, que la dejen sola con sus mares contemplando el azul de su cielo, las copas de sus palmas, y el verdor de sus campiñas, para embriagarse y descansar en el plácido seno de la Naturaleza, al son deleitoso de sus brisas y huracanes, entre el murmurío de sus fuentes y arroyuelos, y el cantar melancólico de sus olas y de sus aves.

¿Con qué garantías podíamos contar los liberales, ni individual ni colectivamente, cuando —expulsadas nuestras mayorías de los Ayuntamientos y de otras Corporaciones, á la llegada de Martínez Campos—vimos, elevar también, á

los Gobiernos civiles, Alcaldías y otros puestos de importancia, incluso *Juzgados* y *Policía*, á los mayores intransigentes de nuestros más que adversarios, enemigos personales; los cuales venían jurando nuestro exterminio, según lo sabía el Gobierno, en manifestaciones y periódicos, cuya exaltación no tuvo límites al encontrarse con su *cabecilla* Romero Robledo en las alturas del Poder, y al salir el General Calleja de aquella Isla?

¿Cómo habían de ser imparciales, con nosotros, aquellos enemigos—jueces y partes á la vez—en este periodo fratricida, en que erigidos en autoridades se les ofrecía el manjar más sabroso de los dioses del *paganismo*, la venganza, cuando acabábamos de derrotarles en todas las luchas electorales, y seguíamos conteniendo en luchas periodísticas, sangrientas, por su parte, por que acusaban nuestra campaña y nuestra propaganda de separatista, desde los tiempos de Maura: acostumbrados como les tenía el Poder á pulverizar con su apoyo y con dichas acusaciones, especie de *PATENTES DE CORSO*, á los autonomistas, izquierdistas y económicos; haciéndonos sucumbir siempre por completo ante tal clase de oposición favorecida constantemente por el elemento de R. O., que así cooperó, desde 1878 y 1888, á nublar todo horizonte y toda esperanza de aquel pueblo en los éxitos uno y otro año malogrados de la evolución?

Achacándonos la culpa de la guerra, y pintándonos ligados al separatismo; al dar participación el Poder, á los conservadores, en el Go-

bierno de Cuba en la forma dicha, se caía de su peso el que nos contásemos sin garantía alguna: pues distraído Martínez Campos en el teatro de los sucesos, visitando de prisa á la Habana en el famoso é incansable *Villaverde*, cuando llegasen á su firma las intrigas urdidas por aquellos, que formaban la atmósfera oficial única, del Gobierno General á abajo (puesto que habían logrado no solo que nuestros Directorios se retirasen de todos los centros, sino que salieran las entidades de más importancia y energía, como el Conde de la Mortera y el Sr. Amblard, del país) los golpes que nos asestasen tenían que alcanzar toda la fuerza de la alevosía, y toda la satisfacción del ensañamiento que—apoderados del mayor de los *delirium tremens*—buscaban contra nosotros hacía tiempo, con verdadera fruición, aunque no contasen con un *Lopez Roberst* que, como en otros días de infausta memoria, les permitiera, para deshonra de la Nación, sacrificar á montones las más puras de las inocencias, perpetrando sobre las costas americanas ese culto á *Moloch*, con que los *nuevos fenicios* siguen queriendo deshonar allí nuestra historia pátria.

Incoados dos expedientes contra mí, acusado por la prensa, redactada por los *Santones* de aquel partido, de desafecto á España y de predicar la no existencia de Dios, infiltrando en la juventud el ateísmo y la idea de la Independencia, delación de doble efecto; suficiente por lo menos para que le *pasaportaran* á uno hácia Céuta, sucediendo esto cuando aún no había sonado un tiro en Vuelta-Abajo, y solamente los elementos

liberales podíamos contener y veníamos conteniendo, aunque no les conviniera á los conservadores, el desarrollo de la insurrección en aquellos sufridos pueblos y en su infeliz juventud, desesperados, á la vez, por hondos agravios y por la apurada situación económica; pero cuya fé en los remedios que ofrecía el Gobierno de Sagasta alentábamos con el compromiso del mismo en ofrecidas reformas: palpé tan personal como amargamente las intenciones de ese expedienteo que, en igual sentido, se había iniciado, ya, contra otros correligionarios de la provincia, cuya defensa corría en mi bufete. Y tales procedimientos tuvieron que alarmarnos y alarmar á nuestras familias más que las silbas y calumnias con que mortificaban, aquí ó en dicha Isla, á nuestros Jefes y correligionarios de la Habana, acusándoles en igual sentido á los cuales, desdeñados en todas partes, acudíamos inútilmente en queja; porque á los Centros oficiales solamente concurrían y concurrían con éxito los hijos predilectos de *Pelayo*, nuestros *desinteresados* enemigos, los afiliados del *Partido Español*, de ese partido cuyas tradiciones separaron de la Pátria común todos los pueblos españoles de la América, que ya se gobiernan por su propia cuenta, recordando todavía con terror aquellos egoismos con que el mercader, el sacerdote, y el soldado, olvidando todo lazo de familia, y tratando á los allí nacidos como *raza de monos*, ni buscaban más que oro, ni producían más que sangre, y autos de fé, ó mejor dicho de fuego.

No debiendo abandonar mi familia, ni de-

biendo acudir, como otros, á buscar fuera de la legalidad la reparación que merecían ataques tan á mansalva, y para cuya defensa no podíamos contar con otra cosa que con caciques, autoridades, é informes de quienes acechaban nuestro exterminio: me creí en la necesidad que hizo alejar de Cuba á otros muchos, para evitar nuevas delaciones de aquellos patrioteros de *bodega*, y nuevas contingencias; y abandoné mi bufete, renunciando á la vez un cargo de Capitán de Voluntarios, cuyos servicios ni nos los tenían por leales, á reformistas y autonomistas, ni mucho menos podía yo desempeñarles jamás, pero jamás, al lado de quienes veían un estorbo en nuestra existencia, y atisbaban la hora de ensañarse con nosotros desde que nuestras mayorías amenazaron su ilegítima y pingüe dominación, y sus Diputaciones provinciales y Ayuntamientos, con los que venían, hacía 15 años, usurpando, al país, representaciones en Cortes, é influencias que les permitían conculcar todos los derechos.

Así abandoné dicha Isla en Octubre, resignándome á contemplar, desde las nevadas faldas de las cumbres de mi tierra, las densas nubes que aquellas hordas seguirían acumulando, por tal camino, sobre el negro porvenir de mi Pátria, en lo poco que nos resta de América, que por desgracia es ya bien negro, con lo sucedido hasta aquí.

Y como logrados, por los conservadores, los propósitos á que aspiraban desde que empezaron á insultar á Maura, á injuriar á Martínez Campos, y á calumniar á Rodríguez Arias y á Calleja;

sus propósitos de mandar solos, de resistir toda reforma, y de perseguirnos; teniendo, arriba hombres como Romero Robledo; y abajo Generales como Arderius y Suárez Valdés, y funcionarios como *Calvo Muñoz, Porset y San Pedro*, de su completa devoción: ví en peligro también allí la existencia de todo, al rechazarse de plano y sin ambages el concurso (que decían desleal) de autonomistas y reformistas, y no contener la desesperación, que acrecentaban las no remediadas torturas del hambre, la cual venía constituyendo el tema y la alarma de cada bohío y de cada casa al escasear y no venderse las cosechas de azúcar y tabaco, sus únicos elementos de vida; y al arreciar las depredaciones de la administración.

Entendí que, en tales circunstancias, tanto el partido Autonomista cuanto el Reformista debían disolverse, para abrir los ojos á la nación y aún á la humanidad, exigiendo con tanta franqueza como energía otros respetos y otra conducta, ya que nuestros avisos por la tribuna y por la prensa, y las mil exposiciones dirigidas al Gobierno solicitando remedios para los males, de nada servían; ni servían apenas nuestros Directorios, desdeñados por las autoridades, que en tanto alentaban al vulgo conservador *de la llave*, en su menosprecio á nuestros clamores, cuando señalábamos el caos á que se empujaba á aquella sociedad: al perseguirla en sus elementos más queridos arrojándoles de las corporaciones, y deportándoles sin formación de expediente; y al fomentar la desesperación y prolongar el hambre, no enviando las reformas aprobadas; ni discu-

tiendo las medidas económicas, desde hacia los años mil pedidas, por aquel pueblo, en programas y exposiciones, á que se daban *carpetazo*; cuando no se le podía seguir engañando con más obstruccionismos *romeristas* ni *becerristas*; y exigía—á toda prisa—hechos que remediaran su miseria y reparasen sus agravios. Por lo cual la disolución se imponía, á la vez, como aviso extremo á tan grandes males.

Creí que dicha disolución era necesaria, al mismo tiempo, para evitar responsabilidades que nunca nos serían imputables, por los acontecimientos que habrían de desarrollarse forzosamente allí; ante las concupiscencias del partido Unión Constitucional, enseñado á no respetar ni á los *Dioses del Olimpo*; y ante el descontento del país, que no veía el término de un sistema cuyas inmoralidades le hacían arrastrarse en la mayor de las miserias, á pesar de los tesoros que le brindaba, en medio de aquella naturaleza exuberante y rica, donde las cosechas se dan por meses, su no desmentida laboriosidad y su resignación de ¡17 años de súplicas y de peticiones humildísimas!

Pero como dicha disolución no se acordaba por fútiles respetos, y por tener esperanzas, nuestros amigos de la Habana, en un cambio de Poder y de política, cosas que no podíamos esperar en provincias donde ya nos tenía disueltos, perseguidos, anulados, y en desesperante dispersión, la asfixiante realidad de aquella política inaguantable, que—al verla hasta quitando y poniendo Generales en Jefe—tanto habrán agradecido los nu-

merosos *Clubs* que desde el extranjero importaron la insurrección y siguen observándola alimentada así, cada día, con más fuerza: presenté mi separación del Partido Reformista al señor Rabell, segundo Vice-Presidente del mismo, pues nuestro Jefe y el Sr. Amblard se habían trasladado á Madrid. Sin que sus clamores consiguieran alteración alguna tampoco en aquel torpe sistema que, incluso los nombramientos de Porset, San Pedro y el *cantonalista* Calvo Muñoz, se achacaba á Martínez Campos, indiscutible entonces para nosotros; aunque—distráido en el teatro de la guerra—se le viera rodeado de los conservadores más reaccionarios que habrían de pagar sus complacencias, apoderados de todos los puestos y corporaciones: exigiéndole lagos de sangre *enemiga*; pidiendo su relevo, si no les atendía en absoluto; ó haciendo con él, á no «disolverlos á metrallazos», lo que hicieron con Dulce, sino se prestaba al exterminio total de autonomistas y reformistas, á quienes deseaban ver arrastrados por las calles, según sus alaridos en las conversaciones y en la prensa, no satisfechos con que Martínez Campos hiciera todo lo que hizo.

En lo político: fué como su prisionero; les entregó Gobiernos, Policía, Corporaciones, Correos, Telégrafos, é influencia general; lo cual sirvió para sublevarle al país, y fomentar la emigración, con sus amenazas en artículos que anunciaban el período del terror, queriéndose imponer, aquella turba, al mismo General en Jefe.

Y en lo militar: peleó con denuedo; fusiló sin reparo, desde el joven cubano Mujica, y el oficial

Gallego, hasta al cabecilla asturiano Acebo, á pesar de que los rebeldes devolvían nuestros soldados prisioneros y curaban nuestros heridos, no tomando represalias de aquellos actos; y deportó innumerables vecinos, de los cuales se han llenado también las cárceles de Cuba, aunque no en las proporciones que llegaron á impedirlo muchas denuncias que, después de vejar todas las conciencias, resultaban falsas.

¿Qué más querían de Martínez Campos los conservadores; cuando, ni á él le respetaron? Debió de haber puesto más cuidado en combatirles á ellos, evitando nos disolvieran ó anularan á los Partidos Autonomista y Reformista, que en combatir personalmente la insurrección.

¿O los *Generales subordinados* que tenía en campaña, exigían también su presencia en la misma?

¿Querían, validos de esos Voluntarios que organizan en las poblaciones, (con los cuales echaron á Dulce del país, y se fusilaron el año 71 los ocho estudiantes de la Habana, dejando al soldado las penalidades de combatir á los que se sublevaran contra dichos actos) que Martínez Campos dispusiera se entrase á *saco y fuego* en las *casas malditas*, con las *listas de sospechosos* que tenía formadas el nuevo *Herodes*; echando, así, *la llave* más de lo que la había echado, aquel General, dándoles todos los puestos, deportando, prendiendo, y fusilando: no sin observar, en el fondo de muchas denuncias, aquellas falsedades, y aquellas miserias que llevaron luto espantoso á innumerables familias, y á todas las conciencias ¡el 27 de Noviembre de 1871!, cuando la Hu-

manidad escuchó horrorizada, tras de la embriaguez de las amotinadas y exóticas turbas de la Habana, la descarga que hizo sucumbir á ocho estudiantes cubanos más inocentes que mis propios hijos, cuyo porvenir me horripila al solo pensamiento de que estén dominando aquellos caciques y sus turbas, en la Gran Antilla, cuando ellos sean mozalvetes, y empiecen á ejercitar el derecho que les otorga el mundo y la humanidad de tener aspiraciones? Porque ellas y su amor hácia aquel terruño, en que vieron la primera luz, seguirían constituyendo un crimen de alta traición, sino se resignasen á vendar sus ojos, y á servir de comparsa á cualquier pastor, mozo de cordel, bañador de caballos, contrabandista, defraudador ó jugador afortunado, erigidos en sus amos y señores, por ese nefando sistema que aun priva aquí respecto á nuestra política colonial, injuriando y tratando de anular al elemento cubano? Cuyos derechos y cuya justicia defiendo, puesto que nuestra Pátria no podría existir en el concepto de tal, en Cuba ni en ninguna parte, si tolerásemos que se anularan y devorasen á nuestros propios hijos, por convenir así á cínicos y bastardos intereses?

Publico en este folleto la carta de mi separación del Partido Reformista, para que por ella se note una vez más el estado en que se encontraban ya los referidos partidos, el mes de Octubre, antes de mi salida de Cuba; sobre cuya Isla se han desbordado con todos los contrastes de sus más poderosas energías, como diría el cantor de aquella mansión de amores, viéndola sa-

queada y ensangrentada por gentes de presidios, plateados, corsarios y aventureros:

«Las bellezas del físico mundo,

Los horrores del mundo moral.»

¡Ahl si sacudiendo de su lado intransigentes como Romero Robledo, y preocupaciones *constitucionales* que llevaron á Cuba, con los nombramientos y la situación conservadora, la política de los hombres de las resistencias, de las insidias, y de los exclusivismos que más decepcionaban y alarmaban á aquel país; si sacudiendo de sí aquello, los Sres. Cánovas, Castellano y Azcárraga, cuya honradez y buena fé son proverbiales: hubieran pensado, al subir al Poder, como pensaron á últimos del pasado mes de Diciembre, al verse libres de Romero Robledo; y al comparar, con el crecimiento de la revolución, la importancia que significaba la unión de los tres partidos insulares, en la manifestación de simpatías que hicieron en la Habana á Martínez Campos; y ante cuya manifestación (por más que los conservadores concurrieran faltos de sinceridad, como al convenio Abarzuza) declararon, en el Consejo, dichos Ministros, que debía tenerseles por igualmente españoles á los tres partidos; conviniendo borrar diferencias, para evitar irreparables perjuicios á la Pátria. Si eso lo hubieran traducido en hechos desde un principio, llevando, además, las reformas por todos conve-
nidas: ni el Partido Unión Constitucional se hubiera saciado como lo deseaba, privando de ser el único *Partido Español*; ni los otros partidos estarían disueltos, sin alma y sin fé en el porve-

nir, entre la desolación y los motines; ni la insurrección hubiera crecido como un Gigante; ni la propaganda oficial y conservadora, callados los otros partidos por coacción ó prudencia, hubiera arraigado, haciendo creer, aquí mismo, á la opinión, extraviada en folletos, periódicos y hasta por los copleros, que debe desconfiarse y exterminar cuanto quiera decir autonomistas y reformistas, y cuanto sea insular, porque significa todo ello separatismo y conjura contra España: ni se hubiera hecho emigrar á muchos; ni se hubiese presentado tan difícil la consecución de una paz favorable, y sobre todo duradera; ni hubieran peligrado, en fin, en manos de aquella reacción funestísima, con los destinos de nuestra Pátria en el cada vez más agravado conflicto antillano, los prestigios de un General, cuyo relevo, es el mayor fracaso, acusándole la reacción de débil y blando cuando ha sido enérgico; y de entregado á los insurrectos, cuando les ha combatido personalmente. Ni le achacarían, en su desgracia, porque hizo justicia á los autonomistas, en los últimos momentos de su mando, mayor extensión á sus inteligencias con aquellos, que corren—como equivalentes á separatistas—de boca en boca, en vulgo y no vulgo; antes de reconocer todos que ha sido (como lo han sido España y Cuba) víctima infortunada del sistema que nos impusieron, dudando siempre, y ahora mismo más, de la lealtad de los Partidos Autonomista y Reformista, y entregando aquel pueblo y la suerte de todos los españoles de la Pátria común, á la voracidad de unos cuantos mercaderes, monopolios

y funcionarios, que explotan el sistema imperante; y á las resistencias, á las persecuciones, y la codicia insaciable, del Partido Unión Constitucional; que, con la no remediada situación económica además, sublevó allí las masas, y hasta las piedras y los árboles; alentó los auxilios de los partidarios de Monroe; rechazó nuestro concurso, acusándonos de alta traición; y provocó el relevo del mayor de los prestigios militares de España, anunciando rumores y coacciones como las que dieron el cese á Dulce é Iturrigaray. Las cuales hicieron decir al mismo Martínez Campos, conferenciando ¡con los representantes de la prensa extranjera!, «que los actos ostensibles á su política humana, de la cual no le sacarían todos los motines, *los disolvería con metralla.*» Y condujo las cosas á un estado tal, que la sustitución de aquel por un Weyler, aclamado como su *Baal Moloch* por los Constitucionales, y del cual recuerda Cuba pocos respetos hasta para con sus mujeres, cuyo nombramiento se anuncia como seguro estos días, será el grito de *¡sálvese el que pueda!*; y ennegrecerá por completo el conflicto internacional que entre nubes asoma, desde los primeros días: saliendo de aquella Isla cuantos, no estando conformes con la nueva política obtenida por la extrema reacción, permanecían allí ante la sola garantía que aún venían ofreciendo, á pesar del *ambiente* de que le habían rodeado, la honradez acrisolada y la historia liberal del infeliz Martínez Campos, que ni ha robado en las colonias explotando los fondos públicos, el juego, las rifas, y las suscripciones; ni ha pasado á cu-

chillo hospitales de sangre; ni ha formado cuadrillas para asesinar á ciudadanos pacíficos; ni ha fusilado á montones su inocencia; ni ha encuerado á las mujeres de las mismas, en los tristes periodos de lucha, para hacerlas bailar y entregárselas, después, á la soldadesca. Y cuyo General en Jefe, repetimos, erró solamente en no haberse impuesto á tiempo, rechazando las conocidas venganzas y aspiraciones de los «insaciables» *llavistas*, y de sus protectores, aunque estos se hubieran llamado Romero Robledo; porque en eso, que hubiera salvado á Cuba para España, sin escándalos ni desvergüenzas, le hubiese ayudado toda la Nación, como ayudó y sigue auxiliando al *Marqués de Cabriñana* en las otras *bienandanzas* por las cuales hacen pasar la moralidad en la propia administración de la Península, irritando la universal conciencia al calcular el cinismo con que se administrarán y se tratará á las *posesiones* distantes, cuando en la misma Corte, en el foco *director*, se descubren vergonzosos *Panamás* que arrastran á todo un pueblo, como el de Madrid, á protestar de ellos en ruidosas manifestaciones, sin que les contuviera la protesta armada que se extendía por todas las provincias de Cuba, alegando, en el fondo, inmoralidades más añejas, y de mayor calibre.

Y conste, nuevamente, que no estoy afiliado en la Península á ningún partido; acatando aquellas leyes especiales, política especial, presupuesto especial, sellos y timbres especiales, y leyes orgánicas y reglamentos, y hasta Ejércitos y aranceles especiales, con que nos obligan á vivir en

Cuba, distanciándonos en todo de la vida de la nación, más de la que nos separan la situación geográfica, el clima, y la vegetación de aquella infeliz Isla; y que mis ideales, se hallan á una distancia inconmensurable de los de Martínez Campos, con quien solo coincidiré al hacerle justicia en su actual caída; á pesar de que, bajo su mando, me haya visto en la necesidad de abandonar aquel país, donde infundían verdadero terror los que le rodeaban. Por lo cual reconozco no es suya la culpa, toda vez que ¡también él! ha sido víctima de la misma reacción, y ha tenido que salir de Cuba contra su voluntad, y relevado del mando, no sin telegrafiar antes al Gobierno de Cánovas: «Tomo telegrama de V. E, como orden; pero conste que ni he hecho dimisión, ni he sentido desfallecimientos, *ni por mí me importaban conflictos de ninguna clase*, pues siempre los he sabido hacer frente, ni puedo dimitir por voluntad *ni tampoco por presión de la fuerza* ante el enemigo»; y no sin decir ante la Junta de Autoridades, al resignar el mando: «me exigen UNA CAMPAÑA DE INTRANSIGENCIA... censurando lo que llaman *mis contemplaciones...*; cuando inauguré mi mando fusilando á dos cabecillas, deporté á varios...; al coger á incendiarios convictos, los condené á muerte...; no debiendo olvidar que del enemigo, aunque no merece se le enaltezca, porque quiere fundar la Independencia de Cuba sobre ruinas humeantes, y sobre pilas de cadáveres, reconocerá, todo espíritu imparcial, que no atropella á

nuestros soldados, que devuelve nuestros prisioneros, y cura nuestros heridos.»

Ojalá que los que sucedan á Martínez Campos, no hagan su mando bueno, glorioso, humano, y acertado, al juzgar la Historia á los hombres, y al sistema de los cuales rodeó el Gobierno de Cánovas á dicho caudillo, tanto para que le secundaran en lo militar como los Salcedos, Bazanes, y Suárez Valdés; cuanto para que le secundaran en lo político, como los Arderius, Calvo Muñoz, Porset, San Pedro, y los otros conservadores que, censurando sus *contemplaciones*, después de haberles entregado el país, todavía alarmaban más á éste, exigiéndole que *echase* por completo la *llave*. A lo cual no quiso acceder, jugándose el puesto, por no deshonar á España, ni confundirse, como otros *Lopez*, con el asturiano Boves, ó el canario Monteverde, que tanto contribuyeron por aquel sistema sanginario, al ódio que nos profesa la América; expresando con gran oportunidad al corresponsal del *Heraldo de Madrid*, dicho General en Jefe, cuando acababa de *dimitir*, que «Debieran tener presente que SI NO CAMBIABAN DE SISTEMA, se confirmará una vez más el «apoteagma histórico» de que *España ha perdido el dominio de América, por culpa de los españoles*».

Por lo pronto, hasta el culto cubano, señor *Apezteguía*, que ya era hora protestase contra tanta indignidad, acaba de renunciar á seguir figurando como *Presidente Pantalla* de aquellos mercaderes y *austriacantes*, enemigos de Cuba y de la humanidad.

Así deja que el Marqués de *¡Pinar del Rio!!* como peninsular intransigente, á quien atiende Cánovas, continúe haciendo lo que hasta ahora: siendo la confianza del peninsularismo voraz del Partido U. C.; agitando, «en mangas de camisa», la *bandera negra*, las resistencias, los motines y las intolerancias; y fungiendo, de una vez, de derecho (cual lo venía haciendo ya de hecho, arrinconando á Apezteguía) como Presidente de aquellas turbas insaciables, que aquí pasan por los únicos españoles fieles, y por la única garantía de la *¡integridad de la Pátria!* en la perdida América: sin fijarse en los soldados y en la ruina que nos cuestan, ni en los ataques y motines con que vulneran allí todo principio de autoridad, representen la Soberanía de España un *Dulce*, un *Caja*, ó un *Martínez Campos*.

Impresos los pliegos anteriores, llegó la noticia de haber dirigido, Apezteguía un cablegrama, al Ministro de Ultramar dándole cuenta de su elocuente y digna renuncia. Y como concuerda con lo que llevo dicho en el Apéndice I y en todas estas páginas tristes, reproduzco al mismo tiempo al final del folleto el cablegrama aludido, para más justificar mis asertos.

La ofrecida carta de mi separación del Partido Reformista, al salir de Cuba, decía así:

Habana y Octubre 7 1895.

Excmo. Sr. Presidente del Partido Reformista.

Muy Sr. mio y distinguido amigo:

La persecución inaguantable, ya, que el Partido Unión Constitucional, apoyado por el Poder,

ejerce sobre todos los que no pertenecemos á dicho partido, nos coloca—hace algun tiempo—fuera de toda legalidad, según ellos lo entienden; y hace imposible, por nuestra parte, la vida de oposición á la conducta de aquellos, sobre todo en provincias, donde (desde las alcaldías municipales hasta el Gobierno, entregados á los adversarios) la consigna consiste en propender á nuestro exterminio, fraguando denuncias, expedientes, y causas criminales, por cuyos procedimientos, tal vez, hombres honrados y buenos patriotas se ven de seguro en la deportación, ó con condenatorias difamantes; por no faltar Jueces, Tribunales y funcionarios que, para conservar sus puestos, les adulan y les sirven en sus anunciadas é insaciables aspiraciones de venganzas: sin excluir la del *componete* para los campesinos.

Tal proceder, y el demostrado desdén de las autoridades para con nuestro partido, retirado de todos los Centros; y contra el cual, sus órganos en la prensa, nos lanzan, á la vez, el anatema de traidores á España, autorizando así aquella persecución; nos impone renunciar á una legalidad que se vuelve airada y en actos de marcada hostilidad contra nosotros, haciendo inútil y peligrosa toda defensa; y exigiendo, por lo menos, el abandono de los lugares en que residimos: si bien es de lamentar que con tal proceder, y con la demora en implantar reformas, y en dictar medidas que salvaran la aflictiva situación económica (que ya era grave antes de nacer nuestro Partido), la desesperación y la pérdida de la fé en inmediatos remedios, aumente, de dia en dia, las filas de los

rebeldes. Justificando su actitud, aquellos que se lanzan á la manigua, manifestando: que solo por ese medio pueden defenderse de tamañas persecuciones, y de los prolongados engaños con que se les ha llevado á la miseria; esperando que únicamente por la guerra puedan reparar sus yerros, los que se empeñan en mantener sobre este país toda clase de monopolios, incluso el del patriotismo, confiado, tan solo, al Partido Unión Constitucional.

En tales circunstancias, y anulada, por el mismo Gobierno, la acción de los partidos liberales de Cuba, á cuya persecución presta apoyo incondicional; encontrándose, nuestros correligionarios, sin el derecho siquiera de alcanzar imparcialidad, ni justicia, en ninguna parte; abandonados estos al propio instinto de conservación, para adoptar los medios de defensa que estimen convenientes: entiende, el que suscribe, que las cosas han llegado á un trance tal, que ni el partido debe aceptar responsabilidades que no puede ni le dejan prevenir, alejado y desdeñado de las autoridades; ni cada uno de los correligionarios puede permanecer solo y cruzado de brazos, esperando el golpe alevoso y traidor, en ocasión tan desventurada, para que los adversarios se sácien con toda impunidad en nosotros.

Lo expuesto, precipita además las cosas á un estado, en que las reformas no serán suficientes para satisfacer la opinión del país, ni bastantes para atender las multiplicadas necesidades del mismo, en no lejanos días.

Y á fin de declinar toda responsabilidad,

quedando en libertad plena para juzgar los acontecimientos, y defender los principios que estime oportunos; el que suscribe, viene á presentar su renuncia del cargo de Secretario del Comité Regional del Partido Reformista de la Provincia de Pinar del Rio; separándose, con honda pena, de dicho Partido. No sin manifestar su agradecimiento á V. E., á la Directiva Central, al Comité Regional de Vuelta-Abajo, y á todos sus correligionarios, por las inmerecidas confianzas y consideraciones que de los mismos tiene recibidas. Y hará votos—fervorosamente—por que tal agrupación sea aún capaz de lograr se ponga término en el período más breve, con un cambio de política, cosa en que no creo en absoluto, á las desgracias que afligen á la Pátria común; ya que, de seguro, no se hubiese llegado á ellas si el Gobierno hubiera atendido, desde un principio, á la inmediata realización del programa salvador con que hicimos nuestra aparición en la vida de desventuras por que venía atravesando esta Sociedad: cuyo porvenir ennegrece más, cada dia, la imprevisión de los que mandan, poniendo en duda el patriotismo y la lealtad de los autonomistas y reformistas, satisfaciendo á los conservadores; y privándoles de toda fuerza, ante el militarismo que nos ve con malos ojos, y ante las masas, que nos observan perseguidos por aquellos, tanto en particular como colectivamente desde el expedienteo injusto hasta en sus ensoberbecidas y no moderadas publicaciones, como si fuésemos tales separatistas.

Consten, pues, mis simpatías, de siempre,

hacia el partido á quien consagré mi vida desde que apareció en la escena de esta Sociedad. Y á V. E., y á la Directiva, que tan dignamente preside, reitera su afecto y su amistad. su s. s.

Q. B. S. M.

Leandro G. Alcorta.

Con lo expuesto, conocerán, también, mis ex-correligionarios de Vuelta-Abajo, á quienes tantas simpatías debo, una renuncia de la cual no les había dado cuenta, por mi parte, con el objeto de no empeorar las desesperadas circunstancias á que nos habian reducido; ni sembrar mayores desalientos en aquella región tan pacífica como desventurada, donde tantos esfuerzos veníamos haciendo, todos, por su regeneración.

Y á cuyos numerosos amigos y ex-correligionarios, de la misma, así como á su infortunada y animosa juventud, del Mariel al Cabo, reitero desde aquí, mi más entusiasta saludo; para que, atravesando el mar, resuene por sus playas, por sus lomas, por sus valles, y por sus llanos, el eco de aquellas hondas simpatías con que luchamos en fraternal y entusiasta concierto, recorriendo toda la provincia, por una libertad, y por un progreso que no están muy distantes, ante hermanos tan viriles; por más que la opresión y el caciquismo hayan desconcertado sus generosos alientos, llamando en nuestro lugar á la revolución, aceptada por los desesperados, y acrecentada por los hambrientos, y por los perseguidos.

APÉNDICE VII

Párrafos excelentes de *El Liberal*, *El Día*, y *El Campeón*.

Aludiendo à las consecuencias de no haber dado Reformas

El Liberal, que con tanto acierto viene ocupándose del problema antillano, en su número correspondiente al 30 de Diciembre, publicó, con motivo de la manifestación que celebraron el día 27 en la Habana, los tres partidos de Cuba, los párrafos siguientes que tomamos de su artículo de fondo, titulado *El primer deber*:

«El pueblo de la Habana, y con él toda Cuba, han realizado un acto de fidelidad á la pátria; pero al propio tiempo un acto de saludable advertencia al Gobierno. Se han colocado totalmente al lado del General Martínez Campos, por lo que éste significa, por lo que éste representa, por lo que ha prometido y promete.»

«De consiguiente, al elevarlo sobre el pavés en momentos de duelo y de tristeza, no han querido significar los cubanos que aclamaban sólo al guerrero, al militar, al caudillo de la pátria, sino también y principalmente al gobernante liberal, al hombre humano y tolerante, al político reformista.»

«Pero no se pelea solo con las armas, se pelea también con las ideas.»

«Hoy antes que mañana, para que este movimiento de patriótico entusiasmo sea todo lo eficaz y fecundo que debe ser, hay que llevar á Cuba, con una acción militar enérgica, una política de atracción que cambie las promesas en realidad dichosa.»

«Lo hemos dicho muchas veces y lo repetimos hoy, más convencidos de ello que nunca.»

«*Se dejan las reformas para cuando se acabe la guerra... ¡y se trata de una guerra que con las reformas políticas y económicas se puede acabar!*»

También reproducimos los siguientes párrafos que publicó *El Liberal*, los días 9 y 10 del corriente Enero en sus artículos de fondo, titulados *Insistimos*, y *Lo que nos asusta*, que decían así:

«Y vamos con el segundo hecho: con la *Política de reformas*. ¡Qué error tan grave! Aquí ya se convierten los aplausos en censuras, los elogios en agravios de la opinión. Desde el primer instante creyó el Gobierno del Sr. Cánovas que las reformas votadas por las Cortes, como producto de una transacción patriótica, debían dejarse para después de la guerra. Desde el primer instante demostró el general Martínez Campos—hay muchos indicios y datos que lo prueban—*querer* implantar las reformas. Un hecho que lo confirma. La Manifestación de la Habana no hubiera sido posible si todos los partidos cu-

banos no vieran en el general Martínez Campos el único prestigio capaz de imponer á todos las reformas.

Sea lo que sea lo ocurrido, es evidente, de una evidencia avasalladora, que las reformas no se han planteado por que el Gobierno no ha querido. Esa es su responsabilidad. Esa es la cuestión más trascendental puesta sobre el tapete desde los comienzos de la guerra. Por lo menos, faltará siempre la experiencia de lo que hubiera acontecido, de haber llevado á la *Gaceta* las reformas votadas en las Cortes. Y esa experiencia hubiera podido ser decisiva, hubiera podido ser

LA PAZ.

No. Aquí el primer fracaso es del Sr. Cánovas del Castillo que no ha planteado las reformas á tiempo, y que tiene que relevar al que instituyó, sin meditación, jefe de la campaña.» Como ha sucedido ya.

«¿No vale la pena de que el Sr. Cánovas, antes de decir como única fórmula salvadora que *la guerra se contesta con la guerra*, piense bien lo que dice?

Y si piensa como en Cuba afirman *todos los partidos españoles*, que el general Martínez Campos ha hecho con esos 100.000 hombres *más de lo que hubiera hecho ó haría otro general cualquiera*, ¿cómo se empeña en sostener con terquedad funestísima, que para conseguir la paz no se puede pensar más que en la guerra?

+ + +

Una guerra de dos ó tres años en Cuba sería el luto y la ruina de España. Una paz que no se cimentara sobre bases indestructibles, no sería sino una nueva insurrección á plazo fijo. ¿No es verdad que asusta lo grave del problema?

¿No es verdad que su estudio exige más serias meditaciones que las que nuestros gobernantes le consagran? España necesita una paz honrosa y asegurada, y la necesita pronto, muy pronto. Para lograr esto, todos los sacrificios que se le pidan al país peninsular y cubano, por grandes que sean, serán pocos. Sin un programa, sin un sistema, sin un plan verdaderamente eficaz para conseguirlo, ¿no sería peligroso pedir nuevos sacrificios al país?

Piénselo bien el Gobierno, piénsenlo bien todos los partidos, piénselo bien España entera. Sin un programa, sin un sistema, sin un plan fijo y resuelto, el mal se hará más grave cada día.

Y á nosotros nos asustaría que, sin esto, se redujese todo á mandar á Cuba un General más y á dejar á España con 25.000 soldados menos.»

+ + +

El Día, de Madrid, comentando la expresada manifestación de la Habana, dice también:

«Y el Gobierno puede hacer mucho cambiando radicalmente la funesta política que allí se ha seguido hasta ahora, haciendo que conozcan á España por algo más que por los *empleados*, en *gran parte venales*, que se han enviado allí, y por esos egoismos regionales que han empujado las corrientes comerciales de aquella Isla á los

Estados Unidos y á otros pueblos extranjeros, en lugar de mantenerlas con la Metrópoli.

Pendiente está, por ejemplo, la reforma arancelaria. Demuéstrele ahora, enseguida, España á Cuba que quiere tratarla como provincia española, que envía allí 140.000 hombres y asombrosos recursos de todas clases, no por amor propio, por la soberbia de conservar á toda costa *una soberanía rígida y sin alma*, sino porque no quiere desprenderse de una prenda del corazón.»

+ + +

Y *El Campeón*, de León, á la manera que *El Porvenir* de dicha capital, publican, abogando por las reformas para Cuba, conceptos como los del siguiente suelto, tomado del primero de dichos periódicos:

«LAS REFORMAS

Dice el Sr. Escobar, á *La Correspondencia*, de España, desde la Habana:

«En una larga conferencia que tuvo el general Pando en el Hotel Inglaterra, con *D. Juan Ramírez*, jefe de insurrectos en la pasada guerra, éste indicó que no solamente debían emplearse las armas para combatir á los rebeldes, sino que también se hacía indispensable establecer inmediatamente en el país las *reformas de Maura*.»

El general *Pando* se mostró conforme con esas opiniones, llegando á manifestar que también *considera oportuna la abolición de la Ley de relaciones mercantiles de 1882*.»

«¿No hubiera sido de mejor efecto, más hon-

roso y de resultados mejores, haber hecho esto, —si al fin se ha de hacer, cuando acaso sea tarde—cuando la insurrección se preparaba, ó cuando el Gobierno tuvo noticia de los primeros síntomas de este movimiento?»

APÉNDICE VIII

LA INTEGRIDAD DE LA PÁTRIA

Definida por Maura

Hablando, el Sr. Maura, de Cuba, en el Congreso, como él lo ha sabido hacer siempre al ocuparse de aquel pueblo, que hasta en sus canciones y en su música revela, como un esclavo, melancólicas y prolongadas amarguras, manifestó: que: «LA INTEGRIDAD DE LA PÁTRIA, NO CONSISTE TAN SOLO EN CONSERVAR EL TERRITORIO NACIONAL, SINO TAMBIEN, Y MUY ESPECIALMENTE, EN CONQUISTAR LOS CORAZONES Y EL AFECTO DE LOS CUBANOS CON OBRAS DE JUSTICIA Y ACTOS DE CONFIANZA COMO EL QUE IBA A REALIZARSE», concediéndoles las reformas.

Cuando hablaba así, el Sr. Maura, se aprobaba en el Congreso, por todos los partidos, el tardío y violento *Convenio Abarzuza*.

Y Maura y todo el mundo creía, al aprobarse la transacción Abarzuza, que estas reformas se enviarían á Cuba, ya que eran la menor expresión de las que se pedían, y que así se convino

en aquella famosa sesión, mézcla de complacencias y debilidades, provocadas por funestos tramoyistas.

Pero Cuba, todavía espera, después de once meses, su implantación ofrecida; como espera «otras obras de justicia, y otros «actos de confianza» que, con lo que significa el nombramiento de Weyler, parecen correr para aquel país la misma suerte que las Reformas de Maura, relevado Martínez Campos, por los triunfos de la reacción intolerante.

La integridad de la Pátria, tal cual la define el Sr. Maura, sería el único medio de conservar eternamente la paz de la misma, con todas las regiones que la constituyen; las cuales jamás se separarían del territorio común.

Pero por desgracia, en la pobre y desmoronada España, y en la infeliz Cuba, los que manejan de lleno *la cosa* y la opinión pública, tienen otra idea de la *integridad de la pátria*, creyendo que debe consistir: en mantener la división de aquella Isla en *castas*, para imponerla fácilmente la *soberanía* de sus monopolios y de sus *ahijados*; oponiéndose á toda reforma que salvando á Cuba y á la Nación, y produciendo en ellas la paz y el progreso, pudieran perjudicar los intereses particulares de las castas de los monopolios y de los burócratas aquellos, á quienes España, según ellos, debe mantener, hasta agotar su último hombre, y su última peseta, como verdadera cuestión de honor nacional, sirviéndoles, todos los demás, de instrumento para que sigan en sus explotaciones.

Tal sistema y manera de entender la *integridad de la patria*, apoyado y agravado por los muchos que estiman y propalan que al cubano debe tenersele por enemigo natural, y por objeto exclusivo de explotación; no tan solo crea rebeldes á España, en Cuba, si no que se la lleva en justa reciprocidad, á buscar alientos y auxilios entre los partidarios de las doctrinas de Monroe, ansiosos, en toda la América, de librarse de una vez y para siempre, de la poca ingerencia que las queda allí á las naciones de Europa, que trataron á sus habitantes como lo hubieran podido hacer los fenicios; renunciando así á ese parentesco é integridad, que se arguye, y se aspira á imponer, á la manera que lo harían aquellos *negreros* que negociaban hasta con su misma carne, llevando al mercado á sus propios hijos, tenidos en aquel comercio de esclavos y de *esclavas*, que constituyó en otros tiempos no lejanos, una de las mayores *honras* que defendían los integristas.

Esos aspiraron después, á que la integridad consistiera en su absoluta *soberanía* sobre el país, tolerando el *prorrato* de la misma, solamente, con los funcionarios *más listos* que pudieran enviarles las Metrópolis, para secundarlos en sus *patrióticas y beneméritas* gestiones de explotar las colonias.

Haciendo que, aquí, aquellas almas en las cuales la entereza y el sentimiento de la justicia no se ha encallecido todavía, protesten con amargura del resultado de aquel sistema, como protesta mi distinguida paisana, la ilustrada escritora, é

inspirada poetisa, D.^a Dolores Gortázar, exponiendo en *El Campeón*, estos días, al hacer la revista del hermoso hotel que D. Francisco y D. Ruperto Sanz han levantado en nuestro pueblo, y al tratar, entre otros que le adornan, del cuadro histórico de *Colón en Salamanca*, los siguientes conceptos, que bien explican la causa de la actual insurrección:

«Solamente un fraile, presta singular atención y pleno convencimiento á cuanto el inspirado genovés expone. Este sábio, es el generoso protector de Colón, Juan Perez de Marchena: al que debemos, en parte, la conquista de ese fértil y rico suelo, de esa hermosa Isla de Cuba, que los sucesores de Colón *han explotado tantos años*, sin prever las terribles consecuencias que, como el pecado de Adán, pagamos en la actualidad todos los españoles, justos y delincuentes.»

Mas si la misión, del inmenso número de españoles que no explotan á Cuba, y que desean no sufrir las consecuencias de las guerras y conflictos que produzcan aquellos *integristas*, no solo debe ser la de no perder dicha Isla, sino la de reanudar, con nuestros hermanos de América, las naturales y humanas relaciones de familia que á ellos nos ligan, contrarrestando, con otra política diferente, la teoría de Monroe:

¡O en España, entendemos la integridad de la Pátria, y la practicamos como lo entiende Maura en su definición, no siendo instrumentos de mercaderes avaros, ni burócratas venales; ó, de una vez, nos debemos de preparar á perder aquella Antilla, ó á ver en ella la ruina total de la na-

ción; porque la guerra será interminable, mientras haya mujeres que den á luz en dicha Isla, como serán interminables los auxilios que presenten, á los rebeldes, todos los pueblos de América, que lograron su emancipación por el mismo camino: dándose la mano unos á otros, y aprovechándose de nuestras torpezas!

NOTAS DE ULTIMA HORA

RENUNCIA DE APEZTEGUIA

En *El Liberal*, del día 24 se lee:

«El señor *Ministro de Ultramar* recibió ayer un telegrama del Sr. Marqués de Apezteguía, fechado en Cienfuegos, participándole que había decidido declinar la jefatura del partido de Unión Constitucional en el Marqués de Pinar del Rio, *por entender que se hallan al lado de éste último elementos muy valiosos, con cuyo concurso él no cuenta de manera tan incondicional.*»

Con el Sr. Apezteguía, se irán, del Partido U. C., los pocos criollos afiliados al mismo, para no aguantar más desconfianzas, ni más injurias.

WEYLER EN MARCHA

Copiamos de las noticias de la prensa:

«El pueblo de Badalona ha regalado al general Weyler *una rica espada de honor.*

El general le manifestó que desembarcaría en Cuba, ciñéndola.

Añadió, que dada las relaciones de Cuba con España, y *particularmente con Cataluña, procuraría expulsar á los insurrectos de los principales mercados, para normalizar el tráfico mercantil.*»

No sabemos que los insurrectos tengan los mercados que, el Sr. Weyler, ofrece á los catalanes, pues en Cuba el comercio es todo de peninsulares.

Lo que si sabemos es que al tabaco y azúcar de Cuba les hacen falta mercados, que les cierran los monopolios de Cataluña y de otras provincias de esta Península; y que es preciso abrírseles, de cualquier manera.

«El día 25, en Barcelona, el general Weyler, oyó misa en la Merced; todo el mundo, incluso las señoras que llenaban el templo, se agolpaban ansiosas á despedir al general.

»*Le cogían las manos, le abrazaban y hasta le besaban.*

El pueblo barcelonés, que es frío de suyo, se ha entusiasmado hoy de una manera delirante.

Cuando el general pasó el muelle, un obrero arrojóse sobre él *y le besó en la mejilla*. Otros hijos del pueblo *le cogieron en brazos y le levantaron al aire*; los vítores eran ensordecedores.»

Dice que no es sanguinario, sino enérgico

A las siete de la mañana del 26 ha llegado frente á Cartagena el vapor *Santo Domingo*.

La prensa local en masa pasó á bordo para saludar al general Weyler y entregarle una carta de homenaje.

El General contestó lo siguiente:

—«Agradezco las muestras de patriotismo de la prensa de Cartagena.

Voy á Cuba por patriotismo y por obedecer á la opinión, que me ha nombrado.

No ignoro la situación de la Isla, en la que se enseñorea por completo la insurrección, como nunca ha ocurrido, ni aún en la pasada guerra. Mi acción primera será la de limpiar la provincia de la Habana, que tan poblada está de españoles.

No soy sanguinario como algunos me han pintado; mi bandera es de energía y rigor, siempre la he seguido y la seguiré.»

En Cádiz, dijo: «me anima la actitud de las familias cubanas que marchan á Tampa, al solo anuncio de mi ida á la Isla: motivos tiene al huir.»

DINERO PARA LA GUERRA

Dice *El Imparcial* del día 26:

«CUESTIÓN QUE EMPIEZA

Es preciso arbitrar recursos. No se debe abusar del crédito del Banco, el cual parece resuelto á que sea la proyectada operación de los 50 millones de pesetas la última de esa especie. El sistema de los empréstitos al menudeo, está muy desacreditado. Todo indica la necesidad de una política económica de altos vuelos para dominar el lado más difícil de la cuestión.»

Dice *El Heraldo de Madrid*:

Hace ya tiempo que conocíamos los reparos.

opuestos por el Consejo de administración del *Banco de París y de los Países Bajos* á las indicaciones de su director, Mr. Lucien de Villars, para ampliar hasta 75 millones de pesetas el préstamo *de 50 ya realizado*.

El Gobierno ha acudido en demanda de 50 millones de pesetas á nuestro primer establecimiento de crédito, pero con la dificultad que se presenta de poder ó no poder entregar en garantía pagarés, por necesitarse para esto último *autorización de las Cortes*.

El consejo del Banco desearía que el préstamo se redujese á 25 millones de pesetas, pero si el Gobierno considera absolutamente indispensable los 50 millones se pondrán á su disposición, *advertiéndole respetuosamente que para el porvenir deberá arbitrar recursos por otros medios*.

La operación se hará en condiciones iguales—ó si acaso con ligera alteración—á *la anterior de otros cincuenta millones*, realizada también con el Gobierno por dicho establecimiento de crédito.

ESTADO DE CUBA

para contribuir á los gastos de la guerra

Dice el corresponsal del *Heraldo*, el día 25:

«Han llegado á la Habana varias comisiones procedentes de Pinar del Rio, que conferenciaron hoy con el general Marín.

Hablé con algunos de los comisionados y appena el ánimo oír el relato de las desventuras que deploran. El enemigo, implacable y cruel, ha des-

truido viviendas y estorbado las faenas agrícolas *produciéndose un estado* de perturbación moral y de falta de subsistencias, *verdaderamente anárquico y peligroso*. La más apremiante de las peticiones dirigidas al gobernador general, es la del *envío de víveres*. Se han reproducido, pues, las escenas de desolación y miseria de que fué teatro esta provincia y que movieron al general Martínez Campos á *solicitar el concurso caritativo* de las corporaciones de la Habana.»

Y en la misma situación se encuentran el resto de las provincias de aquella Isla.

IMPUESTO DE GUERRA

Dice *El Porvenir de León*, del día 29:

«El Sr. Cánovas ha ideado crear *un impuesto de guerra*... debería salir de los bolsillos de esos políticos gobernantes y funcionarios de todas clases y castas, que con su avaricia insaciable unos, con sus torpezas otros, nos han traído al actual estado de cosas; *y son los principales fautores y responsables de la insurrección que hoy pone en peligro la hermosa Antilla y agota las fuerzas y los recursos de España.*» Así se escribe.

DE BELIGERANCIA

De *El Imparcial* del día 27, tomamos estos párrafos de su corresponsal:

«*Nueva York, 14 de Enero de 1896.*

Sr. Director de EL IMPARCIAL.

El reconocimiento de la beligerancia ha adquirido últimamente visos de posibilidad, y aún estoy por decir de probable contingencia, con

motivo de los recientes avances que han hecho los insurrectos en las provincias de la Habana y Pinar del Rio.

Las legislaturas de varios Estados (y en estos dias hay que agregar á la lista las de Ohío y New-York) han hecho declaraciones y tomado acuerdos favorables al reconocimiento, y como los senadores de la república son hechura de las legisturas, no pueden desoir la voz de sus electores.

Puedo asegurar que el poder ejecutivo no se saldrá de los límites de la más estricta corrección; pero no se pierda de vista que en este país *el presidente ejecuta, pero no gobierna*, y que el verdadero gobierno, el que traza la política que ha de seguir el poder ejecutivo, dentro y fuera del país, es el Congreso.»

NUBES SOBRE LA PENINSULA

Respecto á *la de Cabriñana* y á la *Manifestación de Madrid*, dice el *Heraldo*, en su número del día 27, lo siguiente:

«La prensa debe ayudarles sinceramente. Al fin y al cabo, si el remedio no viene del Gobierno, ni de los tribunales, de justicia, *será preciso que el pueblo de Madrid lo busque más ó menos tarde en sus propias energías*. Por ahí debió comenzar y por ahí concluirá.»

+ + +

Del nombramiento de Weyler, expone, el 28, el *Heraldo de Madrid*:

«Ofrece Weyler con grandes ventajas *serios inconvenientes*: acentúa demasiado la rectifica-

ción completa de cuanto dijo é hizo Martinez Campos; lleva á sus órdenes generales bizarros, pero de opiniones republicanas que marchan á la guerra *sin despedirse de la Reina*, y otros que, como Ochando y Bargés, desagradarán á su antecesor; el nuevo general en jefe repite demasiado en público que *es mandatario de la opinión y á ella debe su nombramiento*; en las estaciones se grita solo viva España y viva el Ejército.»

+ + +

De *los separatistas de Bilbao*, dice *El Liberal* del día 27:

«Unos ochenta separatistas bilbainos, han celebrado ayer en Chacharramendi una fiesta en obsequio al director de *El Bizkaitarra*, recientemente excarcelado bajo fianza.

Se prohibió la entrada á los periodistas.»

+ + +

Los carlistas se agitan en *méetings* y periódicos, á cuyo efecto nos basta reproducir de *El Campeón* de León, del día 28, esta noticia:

«El viaje tan misterioso, comentado por los periódicos, del Conde de Casasola á Venecia, residencia de D. Carlos de Borbón, ha tenido por objeto, según se dice, llevar al Pretendiente varias comunicaciones y regalos de los carlistas.

Entre estos últimos, figura una bandera que *los carlistas de León* usaron en la pasada guerra civil, acompañada de un mensaje en que manifiestan los donantes su deseo de «reñir á la sombra de aquella, las batallas del Dios, de la Pátria, del Rey y del Derecho.»

* * *

Los republicanos, se mueven por todas partes, buscando, *en la unión*, la fuerza que se hace necesaria para recoger la herencia que presienten muy cercana. Y los de *Esquerdo* no descansan.

* * *

El Sr. Cánovas, teme disolver las Cortes, y teme abrirlas. Cada día van siendo más censuradas sus gestiones, pendientes hoy de las fuerzas de Sagasta, que no están satisfechas de las soluciones relativas á la cuestión del Ayuntamiento de Madrid; ni achacan los fracasos de Cuba, á otra cosa que á no haber implantado á tiempo reformas convenidas; y á proceder sin plan.

Y hasta el *Sr. Silvela* escribe en *El Tiempo* del día 26, entre otros, el siguiente párrafo, de un artículo titulado *Nuestro voto*:

«Y debemos saber también aquí y en Ultramar, qué política inspira á la guerra y ha de presidir á la paz; pues tratándose de guerra interior, como es la de Cuba, no se puede hacer sin política, *y es grave culpa no proclamarla de un modo decidido y resuelto*, para que las fuerzas que han de ayudar á la lucha y á la pacificación *¡se muevan con fé, y con conciencia de su obra!*»



5